
Selección
TERROR
CURTIS GARLAND
HIJA DE LAS TINIEBLAS


ST
SELECCION
TERROR

CURTIS GARLAND

HIJA DE LAS TINIEBLAS

Colección SELECCION TERROR n.° 265 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS
MEXICO

ISBN 84*0242*)M
Depósito legal: B. 1.247 — I975
Impreso en España Printed in Spain

1.a edición: mur/o. 1975

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA. S. A. Mora la Mueva, 2 Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Oráticos de Editorial Bruguera, S.
Purets del Vallés (N—152. Km 21,650) Barcelona 1978

CAPITULO PRIMERO

—¡El enano! ¡Es el enano…! ¡Dios mío, mamá! ¡Socorro, socorro…!

Se volvió la niña. Había empezado a llover. El cielo, sobre su cabeza, era de un color plomizo, como lo era siempre en aquella región, día tras día, durante todo el largo y tedioso invierno.

Se encontró sola. Total, absolutamente sola. La granja quedaba a alguna distancia. A demasiada distancia para pensar en correr hacia ella con un mínimo de posibilidades de éxito.

Miró al otro lado. Allí, los acantilados asomaban al mar, cuyo oleaje se oía romper violentamente contra las rocas. La altura sobre las aguas grises y violentas, era demasiado grande para pensar en ello.

La niña empezó a sentir miedo. Pánico, en realidad. Sus gritos se hicieron más agudos:

—¡Mamá! ¡Mamá, por favor, te lo suplico! ¡Ayúdame! ¿Dónde estás? ¿Dónde te has metido? ¡Es él otra vez! ¡Es él…, ese horrible enano que me mira y sonríe…!

Y trató de correr hacia la granja, pese a que sabía que nunca llegaría a alcanzarla con tiempo suficiente para salvar su vida. Porque aquel horrible, monstruoso enano, se estaba empezando a aproximar a ella. Y siempre con su extraña, fría mueca, que tal vez fuese una sonrisa, pero que parecía una expresión de carátula siniestra.

Había surgido de repente. Como lo hacía siempre.

Primero pensó que estaba sola en el prado. Se entretuvo recogiendo florecillas.

Siempre le habían gustado las pequeñas, graciosas y alegres florecillas silvestres, que crecían entre la jugosa y abundante hierba de los prados húmedos que rodeaban la granja. Pero esta tarde no debía de haberlo hecho Era demasiado oscura y fría, demasiado nubosa Y, además, estaba el enano… El horrible y feo enano vestido con aquella larga gabardina o impermeable

que le hacía aún más grotesco. Y con la caperuza de plástico sobre la cabeza, hasta hacerle parecer un extraño gnomo de cuento de hadas o un siniestro bufón de alguna corte medieval, oscura y cruel.

Había aparecido tras los arbustos, junto a la cerca del sendero. La miraba con aquellos ojos suyos, redondos y perversos. La mueca de sus labios curvados era digna de una gárgola. No resultaba mucho más agradable que cualquiera de esas espantosas figuras de piedra que adornaban los viejos monumentos.

Sólo que el enano estaba vivo. Y era amenazador. La forma de clavar en ella sus pupilas, el modo de moverse por entre los arbustos y altas hierbas, acercándose cauteloso pero implacable…

Sue Holland tuvo miedo. Un miedo invencible, avasallador. Siempre que había visto al enano deambular en torno a la casa, había sentido inquietud o temor. Pero no tanto como ahora.

Esto era peor, mucho peor. Porque por primera vez, el enano se estaba atreviendo a acercarse a ella. Y su gesto era aún más maligno, más sucio y obsceno, como recreándose en el miedo que podía dar con su presencia, con su proximidad, a una inocente criatura de apenas doce años de edad…

Y hoy, este día, no estaba allí su madre para protegerla.

Además, se había alejado en exceso de la granja, absorta en su tarea de cortar los pequeños tallos silvestres.

Y, por si todo ello fuera poco, estaba lloviendo.

La lluvia siempre la había deprimido. Sue sentía horror hacía la lluvia. La entristecía y deprimía profundamente. Las gotas que habían empezado a caer, eran gruesas y frías.

Produjeron escalofríos en su piel infantil, suave y pálida, de muchachita rubia y delicada.

El enano no hablaba. No necesitaba decir nada para asustarla. Cada paso que daba hacia ella, le causaba un mayor pánico. Miró angustiada hacia los muros de rojos ladrillos de la granja Una meta acogedora y segura. Pero lejana, muy lejana para ella en estos momentos…

Pese a todo, tenía que intentar alcanzarla. Debía correr para ello.

Y corrió.

Se lanzó pradera adelante, como si el propio diablo la persiguiera. Sus pequeños piececitos hollaban la verde hierba húmeda, mojada ahora por la incipiente lluvia, con toda la celeridad de que era capaz.

Miró atrás. La angustia, el horror, la atenazaron. Sus piernecitas temblaron, aun sin dejar de correr. Notó que un sudor frío se mezclaba con la humedad de la lluvia en su rostro y en sus cabellos largos, dorados, sedosos. ¡El enano la seguía ahora, corriendo lo mismo que ella!

Y su sonrisa se había hecho más amplía, más alargada, más siniestra aún…

Sue corrió cuanto le fue posible, aunque notó que iba perdiendo terreno, que el horrible enano estaba más y más cerca de ella, como una amenaza mortal y latente…

—¡El enano, mamá, el enano..! —chilló, desesperada, sollozante—, ¡Está aquí, viene tras de mí, va a darme alcance…!

Pero su madre no la oía, su madre no podía oírla, estaba demasiado lejos, dentro de los muros seguros y sólidos de la casa roja.

Otra vez giró la cabeza, miró hacia sus espaldas. Un sollozo ronco escapó de los labios de la pequeña Sue. El terror crecía de grado en ella, la ahogaba, la asfixiaba materialmente, sumergiéndola en una sima de angustia sin límites.

El enano estaba más cerca. Ganaba terreno por momentos. Antes, mucho antes de que ella alcanzase el porche de la granja, el maldito ser la alcanzaría irremisiblemente.

Sólo de pensarlo, le vacilaron las piernas, sintió una especie de vahído, todo le dio vueltas…, y tropezó en una piedra, perdiendo el equilibrio.

Exhaló un grito de horror. Cayó de bruces sobre la hierba húmeda y resbaladiza, sin poder recuperar la estabilidad. Y vio venir hacia ella al enano, con una mueca sardónica, malvada y retorcida en su monstruosa cara deforme…

Unas manos amenazadoras, crispadas, singularmente grandes para una criatura de tan pequeña estatura, asomarón de los bolsillos del impermeable oscuro. Se abalanzaron hacia ella.

Sue Holland gritó, gritó, gritó.

Y entonces se despertó.

***

—El enano… ¡Siempre ese enano…!

El doctor asintió lentamente. Se incorporó, tras poner su mano en la frente de la pequeña Sue.

—No se torture, señora Holland —dijo con tono sereno el buen doctor Bennett, sacudiendo la cabeza—. Ahora ya descansa. Dormirá bien esta noche, no lo dude. Y no volverá a sufrir pesadillas, se lo garantizo. Ese calmante es suave pero muy eficiente. Le proporcionará un sueño reparador y tranquilo. Lo necesita.

—Oh, doctor, pero eso no resuelve nada —se lamentó la madre de Sue, estrujando las manos entre sí, nerviosamente—. Volverá a suceder otro día cualquiera. Mi hija sufre ya esa clase de sueños desde hace algún tiempo, ya se lo he dicho. Y en todos ellos aparece ese horrible ser…, ese enano que la hace despertar gritando, bañada en sudor, con ojos aterrorizados…, después de haberse agitado en sueños, hablando sin cesar de ese monstruo que la persigue…

—Sue es muy joven aún para necesitar los servicios de un psicoanalista —apuntó el médico—. Pero podríamos recurrir a un médico psiquiatra. Hay uno, bastante joven y eficiente, en la ciudad. Si se le llama, seguramente acudirá, aunque sus servicios no serán nada baratos…

—No cuenta el dinero, doctor Bennett, y usted lo sabe —musitó Marion Holland con voz preocupada—. Por fortuna, no tengo problemas económicos. Pagaré lo que sea, al médico que haga sanar a mi hija de esas obsesiones, a

quien le quite esa pesadilla constante.

—La comprendo muy bien, señora Holland. Si quiere, yo mismo llamaré al doctor Carpenter, el psiquiatra de la ciudad. Supongo que para él será un caso relativamente fácil. Sue es una niña aún, y no puede tener problemas psíquicos de importancia.

—Pero ese enano…

—Tal vez un día vio a uno en un circo o en una calle, y se sintió desagradablemente impresionada por ello. No puede haber otra explicación. Pero solamente un especialista en problemas mentales puede quitarle fácilmente de la cabeza semejante idea, señora Holland.

—Dios lo quiera —musitó la madre de Sue—. Pero me preocupa todo esto, doctor. A mi hija, nunca.., nunca le había sucedido nada, hasta que…

El doctor Bennett enarcó las cejas, esperando que ella siguiera hablando. Al detenerse, con la mirada perdida en el vacío, el médico la instó, curioso:

—¿Hasta… qué, señora Holland?

—Casualmente, hasta el día en que llegó ese extraño regalo…

—¿Regalo? ¿Qué regalo? —parpadeó el médico, cada vez más sorprendido y desorientado.

—Ese, doctor —señaló la mano de ella hacia la repisa de la chimenea, a espaldas del galeno. Este se volvió, interesado.

El dedo de la señora Holland señalaba hacia una estatuilla situada en medio de la repisa de mármol. Era la figura de un gato negro, de verdes ojos relucientes, modelada en porcelana.

—Ese gato… —comentó el médico, sorprendido—. ¿Qué puede tener que ver con el enano de los sueños de su hija, señora Holland?

—Lo ignoro —se estremeció ella, eludiendo la mirada del viejo doctor—. Pero recuerdo muy bien que su primera pesadilla tuvo lugar aquella misma noche, cuando el gato llegó, dentro de una caja, a nombre precisamente de

Sue Holland. Lo recuerdo asimismo, porque era el cumpleaños de mi hija. Su undécimo aniversario.

—Ya. ¿Y… quién envió ese regalo?

—Ese es otro de los detalles curiosos del caso, doctor. No lo sé. Nunca lo supe. El envío no traía remitente ni tarjeta alguna. Nada de nada…

***

—¡Un psiquiatra! Mi querida Marion, ¿estás realmente segura de que tu pequeña necesite algo así? Es muy joven para tener cierta clase de problemas, estoy segura…

—Yo también lo pensaba así, hasta que el propio doctor Bennett me lo sugirió muy seriamente, Mildred.

—Tonterías… —protestó Mildred Hartfield, alzando una mano presurosa—. Aquí, en Biddeford, todos conocemos bien al doctor Bennett. Es un viejo de raras manías y de ideas ridículas. No debiste hacerle caso, querida.

—Creo que hay que hacer algo con Sue. Y cuanto antes, mejor.

—De acuerdo, de acuerdo, pero ¿por qué precisamente eso? Un psiquiatra es una persona que se empeña en ver dolencias donde no las hay, que trata a todos como auténticos locos, o poco menos. No me gustan en absoluto los psiquiatras. Jamás iría a uno de ellos, Marion, ni le entregaría en las manos a un ser querido mío.

—Escucha, Mildred —el tono de la señora Holland fue algo seco ahora—. Tengo que hacer lo que sea, para quitar esas pesadillas a Sue. Hace tiempo que la noto alterada, distinta. Come poco y sin apetito, va perdiendo paulatinamente la alegría, y no se atreve a alejarse mucho de la granja, por miedo a… a ese enano que la tortura en sus sueños.

—Cosas de niña, lógicamente. Tener miedo es algo consustancial con los menores, Marion. Deberías saberlo. Y eso no implica en modo alguno que tu

hija necesite los auxilios de un psiquiatra.

—Aun así, pienso permitir que ese psiquiatra de Portland la vea. El decidirá si realmente existe algún motivo concreto para esa obsesión que padece Sue.

—A mí, todo esto me parece una perfecta estupidez, dicho sea con todos los respetos, Marion. Tu hija es perfectamente normal, y si sueña a menudo con un horrible enano, será porque algún recuerdo tonto la preocupa. Tal vez un circo, alguien a quien ha visto antes…

—Hace años que no pasa un circo por Biddeford, Mildred. Y en esta ciudad no hay un solo enano, tú lo sabes.

—Existen lecturas. Esos espantosos cuentos de hadas, que parecen escritos por sádicos y malvados, para amedrentar a los niños, más que para divertirlos. Y no hablemos de la televisión, con sus espantosos programas infantiles, llenos siempre de brujas, gnomos malvados y seres deformes… Por no mencionar la violencia de algunos telefilmes y las alienantes historias médicas de otros programas.

—Sue ve poco la televisión y no parece impresionarle. Ya no lee tampoco cuentos de hadas, sino libros de estudio, novelas clásicas y poemas, Le gusta Walt Whitman, Mark Twain o Herman Melville. Y ninguno de ellos es nada tremebundo para las niñas y adolescentes, Mildred —replicó con frialdad Marion.

—Piensa lo que quieras, pero creo que hay personas, sin salir de Biddeford, que podrían ocuparse del problema de Sue con mucha mayor eficacia que tu famoso psiquiatra de Portland, querida. ¿Quién? El doctor Bennett, pese a su edad, es el mejor de la región, tú lo sabes. No hay ningún otro médico de confianza…

—¿Quién habla de médicos? —refunfuñó Mildred Hartfield, desdeñosa.

—¿De qué, entonces?

—Yo… me refería al padre Lubin.

***

—Padre Lubin

—¿Sí, señora Holland? —preguntó suavemente el religioso de cabellos entre rubios y canosos, ojos azules y limpios, tras las gafas de montura metálica, y figura enjuta y fibrosa, estilizada por su traje de clérigo, negro por completo.

—Padre, fue Mildred Hartfield quien me habló de usted… Cierto que el doctor Vincent Carpenter, psiquiatra de Portland, está en camino ya, llamado por el doctor Bennett, para ver a Sue. Pero… pero he creído oportuno y acertado pedirle primero opinión a usted, siguiendo el consejo de mi amiga y vecina.

—Adelante, señora Holland —la invitó con gesto cordial a sentarse ante él, en uno de los bancos de la pequeña capilla de Biddeford—. La escucho. ¿Cuál es, exactamente, su problema?

—Sue, mi hija.

—La pequeña Sue… —pestañeó el sacerdote, asintiendo—. La recuerdo muy bien. Me ha sorprendido no verla con usted, en los oficios religiosos de los tres últimos domingos…

Marion Holland se estremeció, pensativa. Luego, movió afirmativamente la cabeza. Sus ojos claros se habían nublado de repente, como si el padre Richard Lubin hubiese tocado un punto sensible, con su comentario pronunciado como al azar.

—Si —susurró—. Es otra de las cosas raras que últimamente le suceden a Sue. De modo casual, ha enfermado estas tres últimas semanas…, justamente cada domingo.

—Los domingos solamente… ¿Es eso lo que quiso usted decir, señora Holland? —los ojos del padre Lubin se fijaron en ella.

—Eso es, padre, afirmó ella suavemente—. Usted sabe que somos buenos católicos. Y que al igual que la comunidad protestante de esta ciudad cumple sus deberes con el reverendo Watkins, a nosotros nos gusta cumplir los nuestros de modo riguroso.

—Lo sé, señora —sonrió el religioso—. Pero Sue enfermó estos domingos. ¿Qué dijo el doctor que tenía su pequeña?

—Resfriado, algo de gripe o cosa así. Y cefaleas algo fuertes.

—¿Le duele la cabeza sólo en domingo? —insistió el padre Lubin, sin quitar de la faz inquieta de la madre su mirada azul y escudriñadora.

—Sí, eso parece. Tal vez los excesivos estudios y deberes durante la semana…

—Un momento, señora Holland. Recuerdo muy bien que ahora hace dos semanas, tuvimos un festivo intercalado. Exactamente el jueves. Hubo oficio religioso. Usted asistió, como siempre. Sue, no.

—Es verdad —el parpadeo de Marion Holland se hizo rápido e inquieto—. Ese día… Sue también tuvo una de sus cefaleas, padre. Incluso con fiebre muy alta. Treinta y nueve llegó a rozar a mediodía.

—Ya —el sacerdote hundió las manos en los bolsillos de su negro pantalón, y paseó por la capilla, en silencio. Sus pasos resonaban huecamente bajo la bóveda, ante la imagen de Cristo y las estatuas laterales de la Virgen y los santos. Tras, una pausa prolongada, se detuvo, miró a la señora Holland de nuevo, y le preguntó, escueto—: ¿Podría ver a su hija, señora Holland?

—Claro —afirmó vivamente la madre, con gesto preocupado. Y le interpeló, con un tono indisimulado de angustia—. Padre Lubin, realmente…, ¿cree que hay algún motivo de preocupación?

—Aún no lo sé, señora. Se lo diré cuando vea a Sue —sonrió serenamente el sacerdote—. Pero si he de serle sincero, le diré que hay algo en todo esto que empieza a no gustarme…, aunque no sé aun lo que es.

CAPITULO II

Sue Holland alzó la cabeza. Sus ojos tristes se fijaron en el padre Lubin, erguido en la puerta de entrada a su dormitorio. Sobre el negro traje de clérigo, brillaba la cruz plateada en el pecho del sacerdote.

—Buenas tardes, pequeña —saludó afablemente el padre Lubin, mirando escudriñadora la muchacha, aunque disimulándolo con una expresión risueña y amistosa—. ¿Cómo va eso?

—Bien, padre Lubin —suspiró la niña, irguiéndose en el lecho—. Me encuentro muy bien, pero mamá y el doctor Bennett están empeñados en que debo guardar cama durante un par de días.

—Sí, eso me ha dicho tu madre —se acercó a ella con pasos tranquilos—. Supongo que eso te aliviará un poco del exceso de trabajo en tus estudios…

—Uf, ya lo creo —sonrió la niña, cubriendo con el embozo, pudorosamente, su torso, ya en formación, bajo la suave tela de su camisón rosa—. A veces, no tengo casi tiempo de hacer las tareas que el maestro me pone para casa, padre.

—Lo creo. La señorita Eastman tiene fama de ser muy severa en sus clases —sonrió el cura, sentándose al borde del lecho y mirando cariñoso a la niña.

—No la conoce usted bien —musitó Sue—. Menos mal que mamá va a contratar a una institutriz de Boston, para que cuide de mí y me dé clases particulares.

—Seguro que serán mucho más provechosas que las interminables y pesadas clases de la señorita Eastman. —¿Te gusta la idea de tener una institutriz que sea a la vez, tu maestra?

—Mucho —asintió la niña con entusiasmo—. Seguro que me divertiré mucho más. Y también aprenderé más a gusto.

—Sue, ¿cuándo piensas venir por la iglesia? —le espetó de repente el padre Lubin.

La niña se estremeció. Parpadeó, cerrando luego los ojos. El sacerdote notó que sus manitas pálidas y delgadas estrujaban la sábana del embozo.

—No lo sé —susurró—. Supongo que en cuanto esté mejor.

—Pero hace semanas que no te veo en los oficios dominicales, Sue.

—Es verdad —asintió la niña. Su mirada se deslizó un instante por el rostro de su madre, testigo mudó de la escena desde la puerta—. Me duele canto la cabeza. Espero que con la institutriz, eso pasará, y podré volver a la iglesia los domingos.

—Sí, yo también lo espero —sonrió el cura, oprimiendo con afecto la mano de la niña. Luego, extrajo algo que puso entre sus dedos—. Toma, es un regalo. Para que te ayude a mejorar lo antes posible.

Sue abrió los ojos, asombrada. En su mano, el padre Lubin había puesto una pequeña cruz plateada. La pequeña la contempló en silencio, mientras a su vez era ella objeto de la mirada del sacerdote.

—Gracias — dijo—. Muchas gracias, padre. ¿Seguro que me ayudará a estar bien?

—Te ayudará en todo —asintió el cura. Si te ves asustada, oprime en tu mano esa pequeña cruz. Seguro que te sentirás mejor, y ya no tendrás miedo.

—¿Ni siquiera cuando duermo? —musitó la niña, esperanzada.

—Ni siquiera cuando duermes —confirmó el sacerdote, asintiendo firme.

—Oh, sería tan maravilloso —se dejó caer atrás, sobre la almohada, y cerró sus ojos, apretando con fuerza la cruz plateada—. No temer nunca más a ese espantoso enano… No sentirme perseguida, acosada…

—Exacto —asintió el padre Lubin, a quien la señora Holland había referido por el camino a la granja los extraños sueños de su hija en los últimos tiempos, que la habían obligado a reclamar la ayuda de un médico psiquiatra. Un médico que estaba al llegar precisamente ese mismo día—. Nunca más te perseguirá nadie. Ese enano no existe más que en tus pesadillas. Desaparecerá, si duermes con esa cruz en tu mano, o bajo la almohada, tras dirigir una oración al Señor, Sue.

—Lo haré, padre. Lo prometo —musitó la niña, más animosa, brillantes de esperanza sus ojos antes opacos—. Gracias… Dios se lo pague.

—Que Él vele por ti, querida —acarició dulcemente la frente de la pequeña, se puso en píe con un suspiro, y salió de la habitación, junto con la señora Holland, dejando a la niña mucho más serena y risueña, tendida en su lecho.

—Gracias por todo, padre Lubin —musitó la madre, tras cerrar la puerta—. Mildred tuvo razón. Ha sido usted el mejor médico para ella…

—Esperemos que sea así. No podemos estar demasiado seguros de que la pesadilla no regrese, en cuyo caso su hija perdería la fe que ahora puede sentir hacia esa pequeña cruz… —se detuvo, señalando en el living hacia la repisa de mármol de la chimenea en la que ardían, chisporroteantes, los leños—. ¿Es ésa la figura que dijo usted haber recibido, justamente cuando la niña empezó a sentir esos sueños tan obsesivos?

—Sí, padre Lubin. El gato negro de porcelana. También se lo mostré al doctor Bennett, pero él es médico y no cree en las influencias extrañas.

—Yo tampoco. Sólo creo en el Señor. Pero porque creo en él, debo creer también en el Mal y en las tinieblas, señora Holland.

—¿Qué quiere decir? —estremecióse ligeramente la dama.

—Este gato negro no es vulgar —comentó el padre Lubin, pasando sus dedos sobre la figura de largo cuello y verdes ojos fosforescentes— Es un gato egipcio.

—¿Eso le diferencia en algo?

—Simple superstición. Hay quien cree que un gato así simboliza a las fuerzas del Mal. Al Diablo, en suma.

—El Diablo, —ella apretó los labios, emocionada—. ¿Fue por eso por lo que la señora Hartfield me aconsejó…?

—¿Venir a mí? —el padre Lubin sonrió, encogiéndose de hombros—. Quizás. La señora Hartfield no es sólo una devota creyente Es también muy supersticiosa. En su fuero interno, pensó que esos padecimientos de su hija, unidos a las pesadillas y a ese gato misteriosamente enviado a su hija por

alguien que no dio su nombre, pueden tener una relación oscura con las fuerzas maléficas.

—¿Y… pueden tenerla, realmente?

—Señora Holland, yo soy un simple cura de una pequeña población, no un experto en demonología. Hay colegas míos que son exorcistas y cosas por el estiló. Yo, no. Le confieso que vine con la idea un poco inquietante de que su hija podría estar sufriendo una forma de maleficio, acaso un influjo demoníaco o algo así.

—¿Y no es nada parecido? —tembló la voz de Marion Holland.

—No, no lo creo —el padre Lubin la miró fijamente ahora—. ¿Está segura de que me lo ha contado todo, acerca de su hija, señora Holland?

—¿Qué., quiere decir? —se sobresaltó vivamente la madre.

—Simplemente lo que he dicho —los ojos del cura no se separaron de ella, no pestañearon.

—Pues claro… ¿Qué otra cosa podía contarle acerca de Sue, padre Lubin?

—No lo sé. Tuve por un momento la impresión de que quería decirme algo, y luego cambiaba de idea, callándoselo…

La señora Holland iba a responderle algo. Vaciló.

Luego, se mordió el labio inferior, sin llegar a pronunciar palabra. El cura no dejó de notar todo eso, pero nada dijo tampoco, ante el silencio de ella.

Finalmente, la madre de Sue tomó el sombrero negro de encima de un mueble, y se lo tendió al sacerdote, en muda despedida. Él lo tomó, inclinándose ante ella.

—Buenas tardes, padre Lubin —dijo con sencillez—. Si todo va bien, nos verá el domingo en la iglesia a Sue y a mí.

—Eso espero. Buenas tardes, señora Holland —miró, ceñudo, hacia el exterior—. Aunque mejor sería decir «buenas noches». Ya ha oscurecido

totalmente. Y empieza a llover de nuevo…

—Una perfecta noche otoñal de New Hampshire —comentó ella—. No tardaremos en tener las primeras nieves del año. Vaya con Dios, padre Lubin. Y gracias por todo.

—No tiene por qué dármelas —la miró, pensativo, desde el porche de la granja—. Si me necesita, sea para lo que sea, no dude en llamarme, señora Holland. Estaré en todo momento a su disposición.

Se alejó. La noche, fría y oscura, engulló pronto el pequeño y desvencijado automóvil del padre Lubin, con éste al volante. La lluvia repiqueteaba ya en los tejados de la granja y los cobertizos. Arriba, se había apagado la luz. Sue descansaba, como le indicara el doctor Bennett. La madre miró hacia la ventana, con alivio. Tal vez la pequeña cruz del padre Lubin diera resultado, pensó.

Luego, una vaga y sombría idea cruzó su mente. Se apoyó en el muro, mordiéndose el labio, nerviosamente. Su voz fue un murmullo, hablando consigo misma:

—El padre Lubin pareció darse cuenta de algo. Sabe que le oculto una cosa… Dios mío, pero ¿cómo decirle eso? Me tomaría por loca…, o por endemoniada. No. no puedo decirlo. Es una locura… No tiene sentido, después de todo…

Pero no parecía muy segura de sí misma, pese a lo que se estaba diciendo para convencerse. Sus manos temblaban, cuando se encaminó a la cocina, al fondo de la planta baja, con paso suave, procurando no hacer ruido para no despertar a su hija.

***

Jessica Sargent levantó los ojos del plato, mientras el ferrocarril cruzaba la oscura noche lluviosa, en dirección al norte, siguiendo las costas de Nueva Inglaterra, bajo un fuerte aguacero acompañado de un molesto viento que ululaba en el exterior, y arrojaba ráfagas de lluvia contra las ventanillas del

coche restaurante.

—Sí, claro que puede sentarse —dijo al hombre joven, alto y delgado, que aparecía erguido ante su mesa—. No me molesta en absoluto.

—Muchas gracias, señorita —sonrió él, tomando asiento—. Como ve, todas las mesas están ocupadas, y sólo en ésta hay una persona sola. Por eso la he molestado.

—No es molestia. Yo hubiera hecho igual, esté seguro.

—Es muy amable —inclinó él su rubia cabeza, cortés—. Me hace sentir menos violento y extraño al hablar así. Ya que comparto su mesa, me presentaré: mi nombre es Steve Cummings y viajo un poco por placer y otro poco por obligación. Si mi charla le molesta, prometo callar en el resto de la cena. Puede decírmelo sin rodeos.

—No se preocupe. No me molesta charlar, sobre todo cuando viajo sola, siempre que el compañero de viaje no sea demasiado pesado ni demasiado viejo —rio ella con buen humor, destellándole graciosamente sus pardos ojos a la sombra de sus rojas y arqueadas cejas—. Me llamo Jessica Sargent. Puede llamarme simplemente Jessica, puesto que ambos tenemos parecida edad.

—Sigue siendo una mujer capaz de romper el hielo más duro —sonrió él—. A mí también me gusta que las chicas jóvenes y bonitas me llamen tan sólo Steve.

—De acuerdo entonces, Steve. Pero nada de cumplidos ni piropos. Me gusta entablar amistad, no buscar romances fáciles.

—Más claro, agua —se echó a reír él de buena gana. Alzó sus manos—. No la piropeaba ni buscaba romance alguno. Le dije la simple realidad, Jessica.

—Gracias, entonces. Yo viajo en una noche así por simple obligación. No hay nada de turismo en mi viaje, se lo aseguro. Soy maestra de escuela, y a veces trabajo como institutriz para familias acomodadas. Ya sabe, Nueva Inglaterra es región de costumbres clásicas. Siguen apegados a cosas así. Voy como institutriz a un lugar llamado Biddeford, donde jamás estuve antes de ahora.

—¿Biddeford? —repitió él, sorprendido—. Es curioso. Yo también voy allá.

—¿De veras? ¿Tan importante es el lugar?

—No lo creo. Me han dicho que es una pequeña y aburrida población, muy propia de New Hampshire, donde llueve en otoño, nieva en invierno y hace un tiempo nublado y desapacible en verano… Una delicia, vamos.

—Boston tampoco es un paraíso —señaló ella—. ¿No viene usted de allí?

—Estuve en Boston solamente un mes. Yo procedo del sur. De Kentucky.

—Pues yo nací y vivo en Boston, aunque viaje a veces mucho por mi profesión, confesó ella, retirando el plato ya consumido, mientras servían a su compañero de mesa el primero del menú y una botella de cerveza—. ¿Sería pecar de demasiado curiosa preguntarle qué puede llevarle a un hombre como usted a Biddeford?

—Ya se lo dije: mitad trabajo, mitad placer —sonrió él—. Soy escritor. No, nada famoso, se lo advierto. Escribo ensayos sobre psicología, parapsicología y cosas así. También tengo un libro sobre el tema. En estas regiones siempre hay viejos relatos de diablos, gente que vendió su alma y cosas por el estilo. Me gusta investigar, recopilar datos para otro libro.

—¿Vive exclusivamente de eso?

—De eso, y de representar a una casa de licores de Kentucky. Ya sabe: mi tierra es el paraíso del whisky bourbon. Yo vendo los productos de una destilería de Louisville. Por eso le dije que mezclaba el placer con el trabajo. Hay tres clientes en Biddeford a quienes debo visitar: un hotel y dos almacenes.

—Es usted un hombre singular: escritor de temas extraños, vendedor de bourbon… —la joven rio de buen grado—. ¿Se quedará muchos días en Biddeford?

—Lo que tarde en reunir cuatro historias aceptables, sobre supersticiones y leyendas de la Nueva Inglaterra, y en venderle una partida de bourbon a cada uno de mis clientes. No más de cuatro o cinco días, seguro.

—Yo permaneceré más tiempo —suspiró la joven— La familia Holland, que me ha contratado a través de una agencia de Boston, me da un contrato inicial de seis meses. Luego… ya veremos cómo van las cosas.

La charla entre el joven viajante y la pelirroja institutriz, siguió por iguales derroteros amistosos y cordiales, mientras compartían la misma mesa del vagón restaurante que les aproximaba a su destino común. Afuera, la noche seguía lanzando sobre el ferrocarril de Boston ráfagas de fría lluvia torrencial, empujadas por el soplo de un viento húmedo, que venía de la costa de acantilados asomada al Atlántico.

Y en Biddeford, a esa misma hora, un siniestro ser emergía de la noche y de la lluvia, para cometer un horrible asesinato…

CAPITULO III

El padre Lubin detuvo el viejo automóvil cuando la lluvia era ya torrencial en las calles de la desierta y aburrida población de New Hampshire, asentada entre colinas y prados que casi siempre se cubrían de agua con la época de lluvias, y de nieves constantes cuando llegaba el crudo invierno de Nueva Inglaterra.

No necesitaba guardar el coche en ninguna parte. Le bastaba con dejarlo allí aparcado, junto a la iglesia católica, en un muro posterior. En Biddeford no había ladrones habitualmente. Y de haber existido, ninguno hubiese cometido la necedad de llevarse el coche del padre Lubin. Nadie lo hubiera adquirido, ni tan siquiera para chatarra.

El sacerdote miró al cielo, negro y denso, del que caían torrentes de agua. Se subió el cuello de su oscuro impermeable, y bajó el ala del sombrero, para protegerse mejor de las ráfagas de lluvia que le venían de vez en cuando hacia el rostro, con cierta violencia.

Miró en derredor. Aunque eran solamente las siete y media de la tarde, ya parecía mucho más tarde. Las calles aparecían solitarias, y solamente algunas luces del alumbrado callejero y los pocos escaparates encendidos todavía en la calle principal de la población, eran visibles reflejándose en el asfalto negro, reluciente por el agua.

Cruzó con rapidez el corto trecho entre el lugar de aparcamiento del automóvil, y la puerta trasera de la pequeña iglesia católica. Una vez dentro, se despojó del empapado impermeable y suspiró, sacudiendo la cabeza. Su mirada se dirigió a la pequeña ventana de la sacristía, donde el agua de lluvia golpeaba con fuerza, y sintióse aliviado de estar bajo techo ahora. Colgó las prendas de una percha, y se estiró la arrugada chaqueta negra del cleryman, disponiéndose a salir de la sacristía, para dirigirse a sus dependencias particulares, anexas a la capilla. Se preguntó por dónde andaría en estos momentos su sacristán, el bueno del señor Scott. Meneó la cabeza, con una sonrisa de ironía en sus delgados labios. No necesitaba mucha imaginación para calcular cuál sería el paradero del buen Scott en estos instantes.

Sin duda alguna, no lejos de un buen vaso de cerveza, en la cercana cantina de Pilgrims Street.

Un chirrido de la puerta, a sus espaldas, le hizo cambiar de idea rápidamente. La hoja de recia madera estaba abriéndose tras él. A estas horas, en la sacristía, sólo podía ser el sacristán en persona.

—¿Es usted, Scott…? —comenzó, volviéndose con una afable sonrisa hacia la entrada de la sacristía.

Se interrumpió, con un ramalazo de horror que sacudió todo su ser, cuando vio la figura erguida en la entrada de la sacristía, allí ante él. Luego, su voz balbuceó unas palabras roncas, inseguras:

—¿Qué… qué significa…?

El recién llegado soltó una risa ronca, extraña, siniestra. Su pequeña figura se vio recortada nítidamente en el suelo de baldosas de la sacristía, cuando los cortos pasos se movieron hacia el padre Lubin que, con ojos dilatados, como petrificado todo él por el asombro, seguía contemplando al intruso.

En las manos de la pequeña forma humana recién aparecida, destelló a la luz del recinto la ancha hoja de acero afilado. Un hacha de regulares dimensiones, como la que se utiliza habitualmente para cortar leña, centelleó ante la mirada incrédula y atónita del padre Lubin que, rápido, trató de adelantar sus brazos, con la idea de aferrar aquellos brazos armados, apoderándose del hacha.

Para sorpresa suya, la pequeña figura resultó terriblemente fuerte y ágil. De un salto rápido, poniendo unas increíbles energías en su manipulación del hacha, la pequeña figura actuó contra los intentos del padre Lubin.

Eludió a éste, y simultáneamente, con otra carcajada lúgubre y estremecedora, los cortos brazos voltearon el arma, que describió un curvo centelleo de metal en el aire.

El terrible filo cayó con mortal precisión sobre el rostro mismo del padre Lubin, en cuya faz se incrustó, justamente en su mitad, hundiéndose hasta casi la mitad de su anchura el acero afiladísimo, partiendo brutalmente en dos la boca, nariz y frente del sacerdote. Por ambos lados del hacha, corrió la sangre, oscura y copiosa.

Un tremendo, trágico estertor de agonía, escapó de los sangrantes, hendidos labios del infortunado cura, cuya faz y cabeza, partidas en dos por el terrorífico impacto del hacha, aún incrustada en la terrible herida, osciló a un

lado, haciendo perder la estabilidad al cuerpo vestido de negro, que rodó por el suelo de la sacristía, entre salpicaduras violentas de sangre, que lo enrojecieron todo a su alrededor.

Entre risas horriblemente burlonas y divertidas, el pequeño monstruo dio saltitos de alegría, y luego, tras una mirada de odio profundo al sacerdote, echó a correr hacia la calle, gritando roncamente una y otra vez:

—¡Nadie ayudará a la pequeña Sue! ¡Nadie se interpondrá entre ella y yo! ¡Nadie impedirá que la alcance, que la destruya, que la devuelva a las sombras de donde llegó, malditos seáis todos…!

Y con risas delirantes, abrió la puerta de la iglesia, y salió bajo la lluvia, perdiéndose en la negrura de la noche, tras la cortina de lluvia.

Atónito, James Scott, el sacristán, que doblaba en esos momentos la esquina de piedra del templo católico, protegido por un amplio y negro paraguas, se quedó boquiabierto, mirando la figura grotesca que, envuelta en un larguísimo impermeable negro, al menos demasiado largo para su poseedor, y con la cabeza tapada por una capucha impermeable del mismo material y color, se alejaba del templo en la noche, dando saltitos ridículos, absurdos.

—Cielos… —balbuceó el bueno de Scott, frotándose los ojos para estar seguro de que realmente había visto bien y no era resultado de un exceso de cerveza en la cantina de Pilgrims Street—. ¡Vaya cosa rara esa que se aleja! Y salía de la iglesia… Seguramente vino a ver al padre Lubin, para confesarse con él o pedirle consejo… El padre tiene cada día feligreses más raros. Nada menos que un enano tan grotesco…

Se encogió de hombros, sacudiendo la cabeza con perplejidad y entrando en la iglesia sin más preocupación por lo que había visto.

Un momento después, al hallarse ante la terrible escena de la sacristía, ante el cadáver bañado en sangre del padre Lubin, con el hacha incrustada en su rostro de modo tan atroz, un alarido de horror y de angustia escapó de labios del sacristán Scott.

Pero hasta más tarde, no relacionó al enano del oscuro impermeable y la caperuza, con el sangriento crimen de la sacristía.

***

La señora Holland dejó de preparar la cena cuando sonó con fuerza la campanilla de la puerta. Secó sus manos con un paño, metió el pudding en el horno, y se encaminó hacia el vestíbulo, justamente cuando el campanilleo se repetía, con algo más de suavidad.

Miró por la pequeña mirilla, antes de abrir. En la época invernal, viviendo en una casa aislada, a más de una milla de la población, era prudencial comprobar si el visitante era persona conocida, o algún merodeador a quien no fuese prudente franquear el paso, menos siendo ella sola, una mujer en compañía de una niña. Habitualmente, la señora Glendon, la asistenta, estaba allí para hacer tareas de casa, pero éste era su día libre, y Marion Holland no quería correr riesgos innecesarios.

Se tranquilizó. Uno de los visitantes era un desconocido, pero venía acompañado por el doctor Bennett, y eso ya era algo. En seguida imaginó de quién se trataba.

El reloj del vestíbulo dio las ocho en el momento en que Marion Holland abría la puerta a los dos hombres, invitándoles a guarecerse de la lluvia dentro del vestíbulo de la granja.

—Buenas noches, señora Holland saludó cortésmente el doctor Bennett, quitándose el sombrero empapado de lluvia, apenas pisaron sus chanclos de goma la alfombra de la entrada—. Vaya noche de perros…

—Y tanto —asintió ella, distraída, contemplando al hombre alto, grave y tranquilo, que acompañaba al médico rural—. Pasen, por favor. ¿Un taza de té, café…?

—Algo caliente, señora. Y gracias. ¿Cómo está Sue?

—Arriba —señaló la señora Holland hacia la amplia escalera—. Duerme toda la tarde. Está bastante tranquila, al parecer.

—Lo celebro. Señora Holland, este caballero es el doctor Vincent Carpenter, de Portland. Es el psiquiatra de quien le hablé. Acaba de llegar a Biddeford y no ha querido perder tiempo. Me rogó que le trajese aquí en el acto. Doctor

Carpenter, le presento a la señora Marion Holland, madre de su joven paciente.

—Es un placer, señora —se inclinó, cortés, el forastero, ante la dama—. Aunque hubiese preferido conocerla en otra ocasión más grata, estoy seguro de que su hija no sufrirá nada realmente serio,

—Ojalá sea así, doctor —suspiró ella, introduciéndoles en el confortable living, donde la chimenea prestaba su calor gratísimo, unido a la calefacción que daba a toda la granja su clima acogedor y hogareño en las largas tardes y noches del otoño e invierno de New Hampshire—. Acomódense, por favor. Les traeré algo caliente para que entren en reacción.

—No tengo demasiado frío, señora —sonrió el psiquiatra—. Después de todo, he nacido en estas tierras, y aquí me he criado también durante la mayor parte de mi vida. Portland tampoco es un paraíso durante este periodo del año. Bastará un poco de café. Luego, si no le importa, subiremos a ver a la pequeña.

—Como quiera, doctor —aceptó ella, yendo a por los servicios para ofrecer una infusión caliente a ambos hombres.

Momentos después, los dos médicos apuraban sus tazas de café y depositaban las tazas en la bandeja. Marion Holland se incorporó, para llevarles a presencia de su hija. El psiquiatra de Portland hizo una simple pregunta, al poner en pie su alta figura:

—El doctor Bennett me ha hablado de las pesadillas que sufre la niña. ¿Persisten con igual ritmo?

—Últimamente parece que no. De todos modos, a veces ha pasado períodos sin que le molestaran esos malos sueños. Luego, de repente, llega otra racha, y vuelve a sufrirlos… Cuando el padre Lubin estuvo esta tarde, pareció tranquilizarla mucho con su presencia, sus palabras, y sobre todo con el obsequio de una pequeña cruz…

—El padre Lubin, ¿eh? — el psiquiatra arrugó el ceño—. Un sacerdote… Conozco la mentalidad de la gente de New Hampshire, señora. Siempre están pensando en el diablo y en cosas así. Les resulta más fácil explicárselo todo con el demonio y su influjo, que con la ciencia en la mano. Supongo que ese cura no le dirá que la niña está… endemoniada, o algo así.

—¿Endemoniada? —se estremeció Marion, desviando su mirada del psiquiatra—. Cielos, no. No dijo nada de eso. Mi hija no puede estar… como usted ha dicho.

—Claro que no, señora —afirmó rotundamente el doctor Carpenter, siguiéndola ya resueltamente, camino de la amplia escalera ascendente—. Pero me he tropezado con muchos casos en los que una simple psicosis fácil de curar por medios clínicos, se desorbitaba por culpa de las supersticiones religiosas de estos lugares.

Marion Holland nada dijo. Se limitó a abrir camino hasta la puerta de la habitación de Sue. Estaban ya muy cerca de ella, en el corredor de la planta alta de la granja, cuando ocurrió aquello.

Del interior de la habitación surgió un grito agudo, terrible, y se percibió el ruido de objetos al caer y quebrarse en el suelo violentamente. La voz infantil, estremecida y llena de horror les llegó nítida a los dos hombres y a la dama:

—¡Es él! ¡Mamá, ayúdame…! ¡Sálvame, por el amor de Dios! ¡Mamá, es el enano! ¡Ha vuelto, está ahí, en la ventana, mirándome con esa horrible sonrisa…! ¡Mira, mira sus manos, bañadas en sangre…! ¡Mamá, socorro…!

Rápidamente, los dos hombres rebasaron a la señora Holland, precipitándose contra la puerta, que abrieron súbitamente, sin dificultades, penetrando en el dormitorio.

La luz se había encendido allí dentro, había restos de un vaso, un plato y una botella con agua, destrozados contra el suelo de madera encerada, al pie de la mesilla de noche, y Sue Holland, la pequeña y frágil Sue Holland, sentada en la cama, entre las revueltas sábanas, semidesnudo su cuerpecito, señalaba con ojos desorbitados, mortalmente pálida, hacia la ventana de la habitación. Su mano temblaba, fijo el rígido dedo en aquel punto.

—¡Sue, querida, ya estamos aquí! —gimió su madre, muy pálida—. ¡El doctor Bennett y su amigo, el doctor Carpenter, han venido conmigo para ayudarte!

—Mamá, mamá… Le he visto… ¡Le he visto otra vez! —sollozó la niña, señalando insistentemente hacia la ventana—. Estaba ahí, sonriendo, mirándome… ¡Iba a entrar en la habitación!

—Pequeña, no digas eso… Soñabas, simplemente, eso era todo —dijo Marion, mientras besaba y acariciaba a su hija—. Además, la ventana está cerrada, y nadie puede…

Se interrumpió, sobrecogida, con un escalofrío. Giro la cabeza hacia la ventana, y se encontró con la mirada sombría de los dos visitantes.

La ventana de la habitación estaba abierta. La hoja de guillotina estaba alzada, y las ráfagas de aire frío y de lluvia agitaban y mojaban las cortinas de alegres florecillas. El doctor Carpenter se aproximó a la ventana. Se asomó, miró abajo, a la oscuridad, y luego cerró, con expresión meditativa. Cambió una ojeada con su colega de Biddeford.

—No había nadie ahí afuera —señaló—. Ni hay forma de encaramarse hasta aquí, sin riesgo de caerse y romperse la cabeza, doctor…

Este asintió, ceñudo. Luego, se aproximó al lecho, donde Sue sollozaba, abrazada patéticamente a su madre, y repetía una y otra vez, con voz rota por el miedo y la angustia:

—Yo le vi, mamá… Le vi ahí… Era ese horrible enano. Tenía un gesto más perverso que nunca… ¡Y sus manos! Oh, Dios mío, sus manos… goteaban sangre… Era espantoso…

***

—Un enano… ¿Qué historia es ésta, Scott, por el amor de Dios?

—Lo juro, sheriff. ¡Era un maldito enano el que huía de la iglesia al llegar yo!

—Por el amor de Dios, Scott, ¿está seguro de lo que dice? —dudó muy seriamente Brian Vickers, sheriff de Biddeford, con gesto escéptico, paseando por su oficina local—. Usted mismo ha confesado que acaba de regresar de la cantina de Reagan, en Pilgrims Street, cuando creyó ver bajo la lluvia a ese… enano.

—Así es, sheriff —admitió el sacristán.

—La noche es oscura, llovía mucho en esos momentos, usted venia de tomarse varias pintas de cerveza en casa de Reagan… ¿Cree que en tales condiciones es seguro que vio usted con claridad a un enano? Pudo ser un hombre bajo o agachado, simplemente. No necesariamente un… un enano.

—Pues lo era, sheriff. Lo siento. Conozco a gente de baja estatura en Biddeford, pero no se puede comparar con aquella figura. Era pequeña, y su largo impermeable aún la hacía más grotesca. Seguro que era un enano, maldita sea. Y no había bebido más de lo justo para tener muy clara la vista, Vickers.

—Está bien —refunfuñó el sheriff de mala gana—. Será como usted dice, Scott. Pero me gustaría que tratara de pensar, que recordase, por si algún otro detalle le acude a la memoria y puede ayudarnos más que con esa descripción.

Se volvió a Clint Morgan, su ayudante, que anotaba con rapidez las palabras del sacristán en un bloc, y meneó la cabeza, con gesto de abatimiento.

—Pobre padre Lubin. Un hombre estimado por todos, un buen sacerdote… y alguien se ensaña bestialmente con él, matándole de un hachazo en pleno rostro. Pero ¿por qué? ¿Quién pudo ser capaz de semejante salvajada?

—No lo concibo, sheriff —confesó el ayudante, encogiéndose de hombros—. Biddeford ha sido siempre una comunidad tranquila y totalmente indefensa. Esto no tiene sentido. Si hubieran cometido un crimen para robar, por venganza o algo así… Pero matar a un hombre que sólo se preocupaba de hacer el bien a los demás, de una persona tan noble y apreciada como el padre Lubin… La verdad, no logro entenderlo.

—¿Necesita algo más de mí, sheriff? —se ofreció Scott, vacilante.

—Me temo que no, al menos por el momento. ¿Sabe si el padre Lubin esperaba a alguien esa tarde? Me refiero a alguien en especial, algún feligrés, alguna persona con quien tuviera que hablar, ya fuese de asuntos materiales, o de cuestiones del alma…

—No, sheriff. A veces recibía a fieles que deseaban confesarse a solas con él, pero no solían pasar por la sacristía, sino por la capilla misma. Que yo sepa, esta noche no esperaba a nadie en particular. Dios mío, pobre padre Lubin. Aún me parece imposible que esté allí, muerto, asesinado de un modo tan bestial, tan increíble…

—Toda persona forastera será interrogada escrupulosamente, dijo el sheriff Vickers secamente—. Y también cualquiera que haya sido visto esta noche en las cercanías de la iglesia católica. Oh, diablos, ¿dónde andará metido ahora el doctor Bennett? Él es nuestro forense en casos así, y le necesito cuanto antes, para que examine el cadáver del padre Lubin. Las causas de su muerte son evidentes, pero los médicos siempre pueden facilitar algún otro detalle que ayude en las investigaciones. Dios quiera que esta vez también sea así. Puede irse, Scott. Gracias por todo.

El sacristán abandonó la oficina del sheriff. Este se frotó el mentón, pensativo, paseando arriba y abajo por la oficina, con gesto de profundo disgusto. Su ayudante, el joven comisario Morgan, siguió escribiendo, ahora a máquina, pasando en limpio la declaración del sacristán James Scott, único testigo presencial de la fuga del presunto asesino.

—Si pudiera creer en la declaración de ese hombre… —refunfuñó Vickers, disgustado—. Pero todos saben que le gusta demasiado la cerveza, y muchas veces ve lo que no existe. Esa historia del enano fugitivo suena tan poco convincente…

—De todos modos, es lo único que tenemos —comentó Morgan—. ¿Quiere que investigue si, realmente, hay algún enano en las proximidades de Biddeford en estos días?

—Tendrá que hacerlo, nos guste o no —convino Vickers—. Pero creo que no dará resultado. Yo no conozco a ninguno. Y no creo que haya ningún circo en la vecindad.

—Estoy de acuerdo con usted, sheriff, pero… —el joven Morgan hizo un gesto elocuente—. Pero será mejor eso que cruzarse de brazos y no hacer nada…

—Evidente —admitió de mala gana Vickers, dirigiendo una ojeada al reloj de la oficina—. Ya me estropearon la cena. Son casi las nueve, no siento el menor apetito, sobre todo cuando recuerdo la cabeza del pobre sacerdote… Mi mujer se enfadará cuando vuelva y vea que no he probado bocado… ¡Cielos, vaya nochecita!

En aquel momento, un automóvil se detuvo allá fuera. De él bajaron dos hombres que cruzaron la acera y empujaron la puerta vidriera de la oficina, guareciéndose de la lluvia, no tan intensa ahora, pero siempre molesta. Vickers les miró, esperanzado, arrugando el ceño al descubrir a una persona a

quien no conocía, acompañando al doctor Bennett.

—He oído decir que me buscaba con urgencia —dijo Bennett—. Y que algo ha sucedido en la iglesia católica esta noche… ¿Qué es todo eso, sheriff?

—Lo sabrá en seguida, doctor —refunfuñó Vickers, sin dejar de mirar al desconocido—, ¿Quién es este caballero?

—Un ilustre colega mío, de Portland —presentó el doctor Bennett. Se trata del doctor Vincent Carpenter, psiquiatra. Ha venido a Biddeford a atender a una paciente mía, la niña de Marion Holland. Ahora mismo venimos de allí… Sheriff, ¿puedo saber por qué me busca con tanta premura? ¿Es algo grave?

—Muy grave, sí. Se trata del padre Lubin.

—Cielos… ¿Qué le pasa? ¿Está enfermo?

—Doctor Bennett, no le busco simplemente como médico, sino como forense —declaró con tono grave el sheriff —. El padre Lubin está muerto.

—¡Muerto! —una repentina palidez cubrió el rostro asombrado del médico local— Dios mío. ¿Cómo ha sucedido?

—Venga y lo verá. Por favor, doctor Bennett, sígame a la capilla católica. Usted también puede venir si lo desea, doctor Carpenter.

El psiquiatra no se hizo repetir la invitación. Ambos médicos se apresuraron a ir tras del representante de la ley, camino de la iglesia, cruzando las calles a pie, sobre los negros charcos, que eran como espejos reflejando las luces callejeras, en medio de la fina cortina de lluvia.

Poco después, un horrorizado doctor Bennett y un tenso doctor Carpenter, se enfrentaban a la espantosa presencia del cuerpo sin vida del padre Lubin. La máscara de horror de aquel rostro hendida por el filo del hacha, hizo sentir un escalofrío violento al médico rural. Cambió una mirada de angustiado estupor con su colega de Portland.

—Cielos… —musitó—. ¿Quién pudo hacer esto?

—Lo ignoro, doctor —dijo Vickers, rotundo—. ¿Qué puede decirme sobre

todo esto? Supongo que la muerte seria instantánea…

—Tuvo que serio. El hacha no sólo se hundió profundamente en su rostro, sino que partió la masa encefálica, con tremendos destrozos —señaló el médico—. Ha sido un golpe bestial, el que daría un loco, un salvaje… Pero todo esto ¿por qué? ¿Qué persona podía odiar a un hombre como el padre Lubin de tal modo?

—Espere —dijo el doctor Carpenter con tono tranquilo, dando un paso adelante—. ¿No ha observado algo, doctor Bennett, en esa herida?

—¿Observar? —enarcó las cejas el médico rural—. No, no sé… ¿Ve usted algo?

—Supongo que el padre Lubin estaría en pie en esta misma sala, al ser herido, a juzgar por la forma en que cayó y la distribución de las manchas de sangre —señaló el psiquiatra—. Vean: los asientos están todos alejados de ese punto. Por tanto, la víctima recibió el impacto estando en pie, pero sobre el pavimento, no subido a mueble alguno.

—¿Por qué dice eso? —se sorprendió el sheriff, clavando sus ojos recelosos en el forastero.

—Porque la trayectoria del hachazo es evidente. El golpe se produjo de abajo arriba. Es decir, la persona que mató al sacerdote, era mucho más baja que él, y tuvo que golpear de ese modo para alcanzarla en plena cabeza. Vea la posición del mango del hacha, y la forma en que entró la hoja, más profundamente en su parte baja, la que se clavó en su boca y nariz, que en la alta, que hundió la frente. Eso corrobora lo que dije.

—Muy cierto —asintió el doctor Bennett, parpadeando sorprendido—. Es tal y como ha dicho el doctor Carpenter. Le felicito, colega. Es usted un buen observador. Serviría para médico forense.

—De modo que, según esa observación, doctor… la persona que mató al padre Lubin tenía que ser muy baja —fue el comentario del sheriff Vickers, sin desviar su mirada del rostro del psiquiatra.

—Sí, eso es.

—Entonces…, el sacristán tiene razón —dijo roncamente Vickers—. Pudo ser

el enano que él vio escapar de aquí

—¿Quién ha dicho? —pegó un respingo el doctor Bennett, sobresaltado.

—Un enano —suspiró Vickers amargamente—. El único testigo, el sacristán Scott, jura haber visto huir de aquí a un enano envuelto en un impermeable oscuro…, con una caperuza de igual color cubriéndole la cabeza…

Los dos médicos, repentinamente pálidos, se miraron entre sí, reflejando el mismo horror e incredulidad en sus rostros.

CAPITULO IV

—¿Por qué nos arrestan? Esto no tiene sentido…

—No es un arresto, señores —se disculpó con su mejor sonrisa al comisario Clint Morgan—, Ni mucho menos. Sólo deseo hablar con ustedes un momento. Son forasteros en Biddeford, y tengo orden de hacer unas preguntas rutinarias a todos los forasteros que encuentre en esta ciudad.

—Muy bien —suspiró el hombre, con calma—. Adelante, comisario. ¿Qué quiere saber?

—Primordialmente, desde qué hora están en Biddeford.

—Desde las nueve y diez minutos, para ser exactos —sonrió el interrogado—. Llegamos en el tren de Boston, que tiene su llegada a esa hora a Biddeford.

—¿Puede probarlo, señor…?

—Cummings. Sí, puedo probarlo —le tendió algo—. Aquí tiene mi billete de ferrocarril. Y el ticket de la cena en el vagón restaurante. Verá dos servicios. Invité a la señorita Sargent, que me acompaña ahora. Fuimos compañeros de viaje.

—Ya veo —suspiró Morgan, examinando ambas cosas y mirándoles con gesto decepcionado—. Cada uno, confirma la coartada del otro.

—Eso es —sonrió Cummings, que luego enarcó las cejas y puntualizó—: ¿Ha dicho… coartada? Eso suena a novela policiaca…

—No es ninguna novela, señor Cummings —expuso secamente Morgan—. Se trata de algo muy serio. Ha habido un crimen en la ciudad. Esto no es corriente aquí, y tengo orden de investigar a los forasteros, eso es todo. Celebro por ustedes que llegasen tan tarde. El crimen tuvo lugar poco después de las siete y media de la tarde. Están ustedes libres de sospecha, puesto que a esa hora debían de estar cenando en el tren, a considerable distancia de Biddeford. Perdonen la molestia. Han sido muy amables.

Morgan saludó cortésmente y abandonó el hotel Nueva Inglaterra, dejando en el vestíbulo, realmente perplejos y preocupados, a ambos jóvenes.

—Un crimen… —comentó la joven—. Parece que Biddeford no nos recibe demasiado bien. Una noche con lluvia, una muerte… Es todo un mal presagio para ambos.

—¿Supersticiosa? —sonrió el joven, pensativo.

—No mucho. Pero me preocupan las adversidades. Creí que éste era un lugar tranquilo.

—Me parece que ya no queda ninguno así en el mundo —suspiró Cummings —. Bien, Jessica, olvidemos todo eso, y vayamos a lo nuestro. Antes de llegar ese joven policía, me estaba usted diciendo que no se sentía cansada ni somnolienta, y que incluso estaba dispuesta a ir a cualquier sitio a tomar algo, antes de ir a dormir…

—He cambiado de idea —murmuró ella, contemplando la lluvia y las calles desiertas, a través del ventanal del hotel—. Ya no me siento con ánimos para deambular por ahí de noche. Creo que será mejor retirarse a descansar. Mañana, a fin de cuentas, debo madrugar mucho para ir a esa granja donde trabajaré en lo sucesivo.

—Entiendo —Cummings inclinó la cabeza—. Ha sido ese crimen el que le ha quitado los ánimos, sin duda. Yo también tengo que trabajar mañana, pero aun así saldré un poco por ahí. Soy incapaz de acostarme tan pronto.

—Tenga cuidado. Biddeford no es la balsa de aceite que imaginaba… — sonrió ella, burlona—. A juzgar por las preguntas que nos han hecho, un asesino anda suelto por ahí, y no tiene que ser necesariamente un forastero, como ellos piensan.

—Conozco los sitios pequeños. Tienen obsesión por considerarse perfectos, y echar la culpa de todo a los forasteros. Esté segura, Jessica, de que me protegeré por un igual de los locales y de los extraños. Además, para una noche, con un crimen es más que suficiente. No creo que el asesino esté dispuesto a repetir la suerte.

Jessica tomó la llave de la conserjería, y Steve la acompañó hasta el pie de la escalera.

—No necesita subir conmigo —le detuvo ella—. Dentro del hotel, no creo que peligre. Como usted dijo, con un crimen basta por una noche. Hasta mañana, Steve. Y gracias por todo.

—Buenas noches, y felices sueños —sonrió él, agitando su mano.

Salió del hotel, subiéndose el cuello del impermeable. Apenas si llovía ya, pero las gotas eran menudas y frías, como punzadas de un afilado acero. Cruzó rápido la calle, en dirección a una luz tras unas vidrieras. Su buen olfato le condujo a una cafetería donde los escasos clientes alineados ante el mostrador que servía una joven de cabellos rubios oxigenados, hablaban del tema del día en Biddeford: el asesinato de un cura católico.

—Café, por favor —pidió Steve Cummings a la rubia camarera, que le sonrió con esa cordialidad especial que las mujeres de las pequeñas comunidades parecen guardar exclusivamente para los forasteros, sobre todo cuando éstos son bien parecidos y atractivos.

—En seguida, señor —asintió ella—. ¿Muy fuerte?

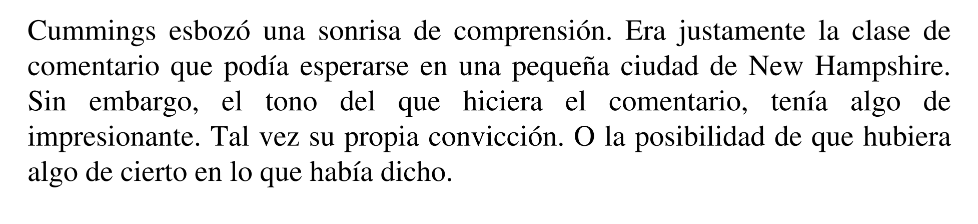
—Normal. Y con azúcar, pero sin leche —puntualizó el joven, mirando en torno pensativamente. La camarera se alejó, contoneando su figura. Cummings notó que, bajo el uniforme verde claro, su trasero oscilaba agresivamente. Y lo tenía bien rotundo, además. Tanto como los pechos que había visto poco antes dibujados bajo el tejido.

Los clientes seguían su charla en torno a la historia del crimen en la sacristía.

Cummings aguzó el oído, captando algunas frases y comentarios aislados, aunque fingió no interesarse más que por el programa de televisión que aparecía en pantalla en un pequeño receptor a color, situado sobre el mostrador, entre estanterías de botellas:

—Pobre hombre… No tiene calificativo. Yo no soy católico, pero el padre Lubin era una excelente persona y un buen sacerdote…

—He oído en la emisora local al reverendo Watkins hablando de lo sucedido, hace sólo una hora, y estaba haciendo un gran elogio del padre Lubin, con voz emocionada —comentó otro—. Dijo que sólo se podían explicar cosas así, sabiendo que en nuestro tiempo el Mal anda suelto, y muchos llevamos el diablo encima…


Cummings esbozó una sonrisa de comprensión. Era justamente la clase de comentario que podía esperarse en una pequeña ciudad de New Hampshire. Sin embargo, el tono del que hiciera el comentario, tenía algo de impresionante. Tal vez su propia convicción. O la posibilidad de que hubiera algo de cierto en lo que había dicho.

—Lo extraño es lo que afirma el sacristán… —hablaba ya otro cliente con voz aguda—. ¿Sabéis que afirma que el hombre que huía de la iglesia, el presunto asesino del padre Lubin, era… un enano?

—¡Un enano! —soltó alguien una seca carcajada—. Eso sólo se le puede ocurrir a un hombre como el sacristán Scott… Seguro que había tragado más cerveza de la debida, en la cantina de Reagan. Es su sitio favorito. Menos mal que no dijo haber visto volar a un elefante color de rosa.

—De todos modos, hay algo extraño y siniestro en lo ocurrido —dijo el que había hablado primero—. Todos apreciábamos al padre Lubin ¿Quién pudo ser el malvado que terminó con él de un modo tan horriblemente cruel? Dios mío, pensar que le incrustó un hacha en pleno rostro, abriéndole la cabeza casi en dos…

Siguió un silencio incómodo. La rubia puso ante Cummings el café solicitado, y lo hizo inclinándose de tal modo, que parte de los encantos que atesoraba su busto asomó por la abertura de su uniforme, incitante.

Steve clavó sus ojos en el nacimiento rotundo de aquellos senos, y luego elevó poco a poco la mirada, hasta fijarla en la burlona de los azules ojos de la camarera. Ella apoyaba la barbilla en una mano, mirando desafiante. La puntita de su lengua asomó entre los labios gordezuelos, como la cabeza de una agresiva culebra.

—Después de oírles hablar a todos esos, se le quitan a uno las ganas de tomar cualquier cosa —murmuró— Yo he perdido esta noche el apetito totalmente.

—Lo comprendo —asintió Steve, pensativo—. Ha sido un crimen horrible.

—Y la gente en este pueblo es, además, muy morbosa —dijo ella, encogiéndose de hombros—. No se gana nada dando detalles espeluznantes de un suceso así, ¿no le parece, señor?

—En efecto. Pero imagino que en la comunidad no abundarán hechos así. Es

natural que la gente se sienta apasionada por un suceso semejante. El comisario estuvo hablando antes conmigo de todo ello. Parece que sospechan de algún forastero…

—Bah, no lo crea. No sospechan de nadie —la camarera señaló el grupo de clientes enfrascados en su charla sobre el mismo tema—. Pero siempre les gusta pensar que ellos son santos, y los forasteros demonios.

—Menos mal que llegué mucho después de ocurrir todo, en el tren de Boston —rio entre dientes Cummings—. De otro modo, me preocuparía su modo de pensar.

—Lo que yo me pregunto, es quién podía tener interés en matar al padre Lubin. Los naturales de Biddeford le teníamos mucho afecto y respeto. Los forasteros, imagino que no le conocían siquiera. Es un hecho muy raro

—¿No cree que nadie tuviera motivos para hacerle daño, en tal caso?

—¿Motivos? —los azules ojos de la camarera le miraron con asombro—. Cielos, ni el más mínimo. Era cordial, simpático, desprendido y siempre dispuesto a ayudar a quien lo necesitara.

—Sin embargo, parece que hubo ensañamiento en la forma de agredirle…

—Demasiado ensañamiento. Como si su agresor le odiara profundamente —la camarera rubia movió la cabeza, con un suspiro, se inclinó algo más, y sus pechos amenazaron rebasar la abertura del uniforme, en una incontenible explosión de carne viva y palpitante—. Créame, no parece cosa de este mundo…

—En estos lugares gustan de atribuir los males a las fuerzas diabólicas —sonrió Steve Cummings, saboreando su café, tras darle vueltas al azúcar—. Eso resulta demasiado fácil y convencional.

—¿Acaso no cree usted en el diablo? —se sorprendió ella.

—El Mal necesita de un vehículo para materializarse. Ese vehículo es casi siempre el propio ser humano. Las hachas no vuelan solas, a menos que haya un fenómeno de telequinesis, lo bastante fuerte para ello. Y eso no es habitual. Un ser humano, cualquiera de nosotros, puede ser, llegado el caso, el vehículo que el diablo necesita. Pero dudo que por sí solo se materialice para atacar a

un hombre y quitarle la vida. ¿Contesta eso a su pregunta?

—Sólo a medias. Usted no parece un hombre de fe —desconfió la muchacha.

—Lo soy. Pero jamás un fanático—. Steve puso unas monedas sobre el mostrador y miró a la calle, comentando irónico—: De lo que sí estoy seguro, es de que, si algo infernal hay en Biddeford, ese algo es la nochecita que estamos padeciendo… Bien, preciosa, creo que todo está demasiado aburrido en esta ciudad, para que uno siga deambulando por ahí, bajo la lluvia. Lo mejor será retirarse a descansar un poco.

—Si no tiene mucho sueño, aquí cerramos pronto, a eso de las once. Y entonces quedan aún un par de sitios divertidos en la población. Ya sabe: media luz, música suave, bebidas y todo eso.

—No me disgusta la idea —aceptó Cummings, con un asomo de sonrisa—. Pero un hombre solo, en una ciudad extraña, no acostumbra a pasarlo demasiado bien.

—¿Quién dijo que iría solo? —otra vez la lengua humedeció los labios femeninos, resbalando sobre ellos, suave e insinuante—. Ya le dije que cierro a las once. Y a partir de esa hora, soy libre como el viento.

—Eso cambia las cosas, preciosa —suspiró Steve—. Daré una vuelta por ahí. Y a las once menos cinco estaré ahí fuera. ¿Puedo esperarte?

—Claro —ella hizo un mohín agresivo con sus labios fruncidos—. Estaré libre para entonces. En cuanto esos pelmas se marchen, apagaré algunas luces y empezaré a cerrar el negocio. Esta noche no queda ya mucho por hacer. Ah, me llamo Eva Marie Slatter, forastero.

—Hasta luego, entonces, Eva Marie. Mi nombre es Steve… No faltaré.

***

Marion Holland contempló fijamente al inesperado visitante. Se anudó mejor el cinturón de su bata de lana, envolviendo el cuerpo aún lozano y turgente,

pese a su madura edad y su viudedad de años, y acabó por manifestar con voz insegura:

—No…, no le entendí bien, sheriff Vickers… ¿Dijo usted que quería hablarme de algo grave?

—Exacto, señora Holland —asintió el hombre de la ley, dando vueltas, confuso, a su sombrero mojado. Tras él, la lluvia remitía paulatinamente, pero la noche era escura, fría y húmeda, en torno a la granja de rojos muros de los Holland, en las vecindades de los acantilados—. No vengo solo. Me acompaña alguien a quien usted ya conoce, según creo. Él es…, ejem… el doctor Carpenter, psiquiatra de Portland…

—El doctor Carpenter… —sorprendida más aún, Marion Holland vio salir del coche todo terreno del sheriff a su compañero de viaje en esta ocasión, alto y severo médico de Portland—, Claro que le conozco. Pero ¿qué significa todo esto, sheriff

—Aún no lo sabemos a ciencia cierta, señora —confesó claramente el aludido —. Pero si es tan amable que nos permite entrar en su casa unos momentos, tal vez podamos comentar la cuestión más detalladamente

—Oh, sí, perdonen. Qué tonta soy… —se hizo a un lado—. Entren, se lo ruego, se lo ruego. Les puedo servir café o té

—No, no se moleste, señora —rechazó el sheriff —. Ya hemos tomado varios en la población. Bastará con que podamos hablar unos minutos los tres…

Entraron en el living. Había sólo rescoldos en la chimenea. Marion Holland echó unos leños que chisporrotearon, con alivio de ambos visitantes. El psiquiatra parecía algo cohibido ahora, Vickers, en cambio, mostraba su habitual resolución en las tareas de su oficio.

—Bien, señores… —Marion les contempló, entrelazando algo nerviosa sus dedos—. Ustedes dirán…

—Seré breve, señora —dijo Vickers, algo abrupto—. Y sincero también. Venimos a causa de su hija Sue.

—¿Mi hija? —un estremecimiento fue ostensible en ella. El psiquiatra la estudiaba tan agudamente, que no pudo evitar advertirlo—, ¿Qué quiere decir

con eso, sheriff?

—El doctor Bennett y el doctor Carpenter me hablaron de ella. Y de sus sueños.

—Oh, ¿eso? —suspiró la madre con aparente indiferencia—. Según el doctor Carpenter es un problema psíquico. Algún mal recuerdo en la mente de Sue. Ella lo alojó en su subconsciente, por la razón que fuese, quiso olvidarlo luego… y el recuerdo permanece allí y lucha por salir a la superficie, aunque sea en forma onírica. Es decir, en una pesadilla repetida…

—Sé lo que le dijo el doctor Carpenter, señora —cortó el sheriff con su brusquedad habitual—. Me lo ha referido a mí por el camino.

—¿De veras? —Marion pestañeó, enarcando sus cejas en gesto interrogativo. Parecía dirigir una ojeada de reproche al psiquiatra, y éste respiró hondo— No creí que todo eso pudiera importarle demasiado, sheriff. ¿Puede decirme a qué viene todo esto?

—Sí, señora Holland. Se lo diré ahora mismo. Su hija Sue ve siempre a un enano en sus pesadillas, ¿no es cierto?

—Exacto.

—¿Cómo es ese enano?

—Según ella, algo horrible. Pequeño, deforme, de piernas torcidas hacia dentro, de risa burlona, de gesto maligno… Es sólo un símbolo de un miedo, sheriff.

—Sí, eso también me lo dijo el doctor Carpenter. ¿Cómo viste ese enano?

—¿Vestir? —la perplejidad y temor de Marion Holland iba en aumento—. Bueno, según lo refiere Sue…, lleva siempre un impermeable o sobretodo oscuro, hasta los pies y una especie de caperuza que le cubre grotescamente la cabeza… ¿Por qué lo pregunta? ¿A qué conducen sus preguntas?

—A esto, señora Holland: ¿estuvo aquí esta tarde el padre Lubin?

—Estuvo, sí —ahora, la desorientación de la mujer era manifiesta.

—¿A qué hora, aproximadamente?

—Exactamente, a las siete de la tarde. Recuerdo que sonó la hora en el reloj del vestíbulo cuando él llegaba. Se fue a las siete y cuarto o cosa así. Pero no veo...

—Señora Holland, le voy a ser tremendamente sincero —el sheriff Vickers cambió una mirada fría y meditabunda con el doctor Carpenter, y luego se encaró a la madre de Sue para manifestarle, rotundamente—: El padre Lubin ha sido asesinado a las siete y media de esta tarde, en la sacristía de su iglesia. El asesino le abrió en dos la cabeza con un hacha. Y, según el sacristán Scott, que vio huir al presunto culpable… éste era un enano vestido con impermeable oscuro y una caperuza sobre su cabeza… ¡Señora Holland! ¡Por Dios…!

Era inútil que protestara y se precipitase sobre la dueña de la casa. Marion Holland se había desplomado, de súbito, sobre la moqueta del Living, totalmente inconsciente.

—Se lo advertí, sheriff —dijo severamente el psiquiatra de Portland—. Demasiado brusco. Debió preparar mejor el asunto. La señora Holland es muy sensible, ya me di cuenta antes de ello. Además…, está asustada.

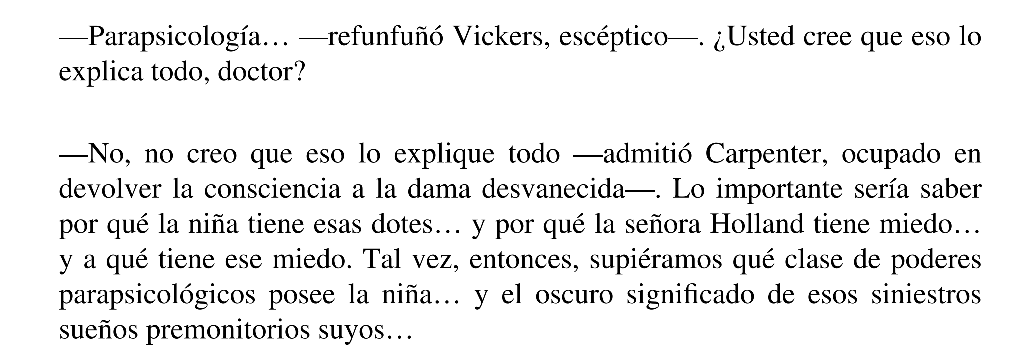
—¿Asustada? —parpadeó Vickers, turbado—. ¿De qué? Antes no sabía nada de lo ocurrido…

—No sé qué es lo que le asusta. Ella no quiere hablar de ello, pero es obvio que tiene miedo a algo. Algo que está más allá de la propia pesadilla de su hija… e incluso del hecho premonitorio de que hoy, aproximadamente unos minutos más tarde de cometido ese crimen en la población, no más de media hora después, la niña despertara violentamente, tras ver en sueños a ese enano con las manos manchadas de sangre, al parecer asomado a su ventana…

—¿Premonitorio, ha dicho? —el sheriff ayudó a Carpenter a situar a la señora Holland tendida sobre el sofá, lo más cuidadosamente posible—. ¿Qué quiere decir?

—No se me ocurre otra explicación plausible, sheriff —suspiró el psiquiatra —. Esa niña posee dotes parapsicologías… Es capaz de ver más allá de los demás. Ese sueño repetido, no es, quizá, en el fondo, tal sueño…, sino la visión anticipada de un peligro real, latente. El enano existe, tal y como ella nos lo describió. Y la niña captó también, en su pesadilla, el momento en que

el monstruoso ser mataba al padre Lubin.



—Parapsicología… —refunfuñó Vickers, escéptico—. ¿Usted cree que eso lo explica todo, doctor?

—No, no creo que eso lo explique todo —admitió Carpenter, ocupado en devolver la consciencia a la dama desvanecida—. Lo importante sería saber por qué la niña tiene esas dotes… y por qué la señora Holland tiene miedo… y a qué tiene ese miedo. Tal vez, entonces, supiéramos qué clase de poderes parapsicológicos posee la niña… y el oscuro significado de esos siniestros sueños premonitorios suyos…

CAPITULO V

—¿Parapsicología, has dicho? ¿Qué es eso, Steve?

—Oh, olvídalo.. Es demasiado complicado para hablar de ello aquí, a estas horas —susurró el joven Cummings, llevando entre sus brazos a la rubia camarera, a los acordes de la música bailable, allá en las penumbras cómplices de la sala, que permitían a las escasas parejas del club nocturno cualquier posible efusión demasiado atrevida—. Es mi hobby, y eso basta. Lo importante es que tú y yo estamos ahora aquí…, y tenemos toda la noche para nosotros…

Sus labios rozaron la oreja y la mejilla de la rubia joven, y aceptó su estremecimiento complacido. La mujer, prieta y generosa de curvas, se apretó aún más a él. Notó su cálido contacto antes de pegar sus labios a los de él.

—Steve, eres un chico encantador —la oyó musitar a medio tono—. Me gustas…

Poco después, los besos subían de intensidad, en un rincón en sombras, sentados ante una mesa donde burbujeaban dos copas con champaña bastante aceptable para ser servido en un club nocturno de Biddeford, y también los escarceos se hacían más íntimos y apasionados. La rubia Eva Marie parecía ser muy apasionada.

—La noche termina pronto, querido… le susurró, besando sin parar su boca —. En breve cerrarán todos los locales nocturnos

—¿Y qué haremos?

—Tengo un apartamento para mi sola. Nadie hace preguntas, nadie ve nada. No me importa que tenga mala fama en esta cochina y aburrida ciudad. Si una no vive su vida sin importarle las murmuraciones de todos los puritanos de Biddeford, terminaría por volverme loca en este olvidado rincón del mundo, créeme.

—Te creo —sonrió Steve Cummings—. Yo soy del Sur. Aquello es más alegre, menos puritano… Pero yo me marcho de aquí. Y tú te quedas…

—Bah, tonterías —rio ella, excitada, pegándose ardorosamente a él en el oscuro rincón de la sala— Nadie me preocupa. No serás el primer forastero que suba a mi casa. Ni el último, espero. Supongo que eso no te importará demasiado…

—Mi querida Eva, yo no soy un rígido caballero de Nueva Inglaterra, sino un alegre muchacho de Kentucky. Lo comprendo todo. Y nada me asusta, puedes creerlo.

—Eres estupendo, cariño. Aunque te gusten cosas can raras como la parapsicología esa… me vuelves loca.

Steve Cummings era hombre sereno, pero aquella muchacha logró encender también una hoguera en sus sentimientos. Poco después, salían del club nocturno, y ella le conducía presurosa hacia un edificio de apartamentos situado en la zona más moderna e impersonal de Biddeford.

***

—De modo que eso es parapsicología…

—Así es —sonrió Steve, mirando a Eva Marie a través del espejo del cuarto de aseo—. ¿Ahora la entiendes?

—Claro. Todo lo que no es normal, lo que no se explica por medios habituales, puede ser parapsicología, ¿no es cierto?

—Bueno, algo así —aceptó el joven, divertido por la insistencia de la joven sobre aquel tema—. En realidad, es el estudio de fenómenos paranormales, de cosas que un cerebro privilegiado o una sensibilidad anormal es capaz de alcanzar, y que suele estar vedado a las personas consideradas «normales».

—¿Algo semejante a la telepatía o a la adivinación del porvenir?

—Y otras muchas cosas —admitió Steve, anudando su corbata—. Sueños premonitorios, visiones que luego se cumplen, poderes mentales capaces de mover objetos, y un sinfín de hechos semejantes, Eva Marie. ¿Por qué te

interesa tanto el asunto?

—Oh, por nada —rio ella, frívolamente, abotonando su blusa y tomando luego la falda—. No creas que soy sensible a nada de eso. Soy una mujer de lo más normal, puedes crearlo. Es…, es otra persona quien me preocupa en ese sentido. Por eso cuando hablaste de sueños extraños…, insistí.

—¿De veras? —Steve enarcó las cejas—. ¿Alguien a quien conoces tú, tiene esa clase de sueños?

—Sí, eso es.

—¿Un familiar, un amigo…?

—Ni una cosa ni otra. Tengo una amiguita de nueve años, realmente preciosa. Se llama Hattie Gardiner, y es la persona de esta ciudad a quien más afecto profeso. Sus padres trabajan en la tienda vecina a la cafetería, y ella viene a veces a por algún helado en verano, o a por un refresco en invierno.

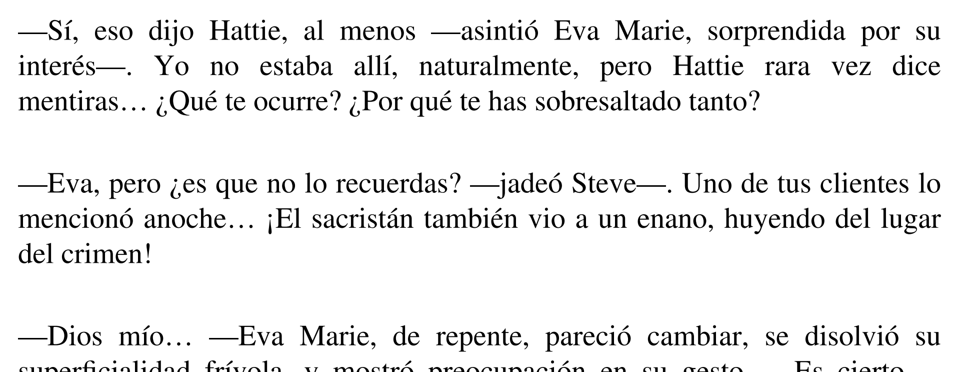
—¿Y esa niña es paranormal? —se interesó Steve, bruscamente.

—No, no. Ella, tampoco. Pero juega a veces con una amiguita con quien va a clase en la escuela de la señorita Eastman… Una niña algo mayor que ella, llamada Sue Holland. Esa niña sí es paranormal. Tiene sueños que se repiten. Ve a un enano en sueños… Un enano que la persigue y la va a dar alcance… A veces, la he visto llorar en el recreo, recordando esos sueños suyos. Lo curioso del caso es que no se trata solamente de un simple sueño obsesivo.

—¿Ah, no? —Steve, francamente intrigado, se aproximó ahora a su compañera nocturna, para indagar más detalles—. ¿De qué, entonces?

—De algo que sólo ella puede ver, aunque sea en sueños. Hattie me dijo que un día, estando en la escuela, en ausencia de su amiguita, que estaba enferma con gripe en su casa… ella misma vio en persona al enano, asomándose por encima de la valla del patio del colegio, buscando evidentemente a la niña, a Sue… con una rara expresión, maligna y cruel, con una sonrisa perversa… Al verse descubierto, el enano desapareció con rapidez.

—¿Estás segura de ello? —la pregunta de Steve salió disparada como un proyectil.



—Sí, eso dijo Hattie, al menos —asintió Eva Marie, sorprendida por su interés—. Yo no estaba allí, naturalmente, pero Hattie rara vez dice mentiras… ¿Qué te ocurre? ¿Por qué te has sobresaltado tanto?

—Eva, pero ¿es que no lo recuerdas? —jadeó Steve—. Uno de tus clientes lo mencionó anoche… ¡El sacristán también vio a un enano, huyendo del lugar del crimen!

—Dios mío… —Eva Marie, de repente, pareció cambiar, se disolvió su superficialidad frívola, y mostró preocupación en su gesto—. Es cierto…, ¿crees que…?

—No creo nada —cortó Cummings, algo seco—. Vamos ya. Tengo que hacer cosas. Y creo que valdría la pena hablar con esa niña, Hattie… y también con Sue Holland. Por cierto, ¿se trata de la misma familia Holland que ocupa una granja fuera de la población?

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —Eva Marie iba de sorpresa en sorpresa.

—No, por nada —suspiró Steve—. Creo que tendré que hablar también con alguien más…

***

La lluvia había dejado profundamente verdes los campos cercanos a la población, al menos en los prados de altas hierbas, contrastando con los ocres de los árboles otoñales.

El sol estaba luchando por asomar débilmente tras las nubes grisáceas, pero no parecía probable, al menos a aquella hora de la mañana, que ganase su batalla en todo el día.

Steve parecía más interesado en estudiar las tonalidades del paisaje, su hosca y fría belleza norteña, que en conversar con su compañera de viaje. Jessica rompió el silencio, dirigiéndole una brusca pregunta:

—¿Hay algo que realmente le preocupa?

—¿Preocuparme? —Steve se volvió a ella, como saliendo de un trance hipnótico—. ¿Lo cree así, Jessie?

—Me lo pareció —ella tuvo un leve encogimiento de hombros—. Ese afán suyo por venir conmigo esta mañana, a visitar a los Holland… ¿Le dijeron algo anoche, en el pueblo?

—Sí, algo me dijeron —admitió Steve.

—Malo, sin duda.

—Es posible —aceptó él.

—Está muy misterioso esta mañana —opinó ella, algo irónica.

—Escuche, Jessie —súbitamente, Steve dejó de darle vueltas al asunto, y se encaró con Jessica—. Anoche estuve conversando con algunas personas de Biddeford. Se habló de ese crimen cometido anoche en la iglesia…

—Lo imaginaba —sonrió ella—. ¿Le preocupa mi seguridad personal?

—Es una de las cosas que me inquietan en este momento.

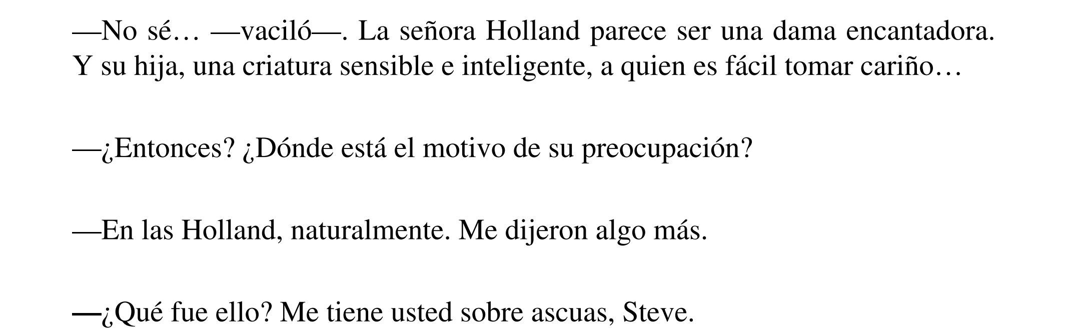
—No sea tonto, Steve. Es pleno día, voy en un taxi a esa granja… ¿Qué peligro puedo correr, en ese caso, para que usted insista en acompañarme? Supongo que habrá dejado su trabajo por mí…

—Al diablo con el trabajo —suspiró Steve Cummings, mientras el viejo automóvil destinado al servicio de alquiler, se agitaba sobre el terreno encharcado y desigual, camino de la granja de los Holland—. Puedo visitar a mis clientes esta tarde o mañana. No hay prisa. Prefiero ir con usted a conocer a los Holland. Bueno, a las dos mujeres Holland, para ser exactos, que componen la familia.

—¿También le hablaron de ellas? —se interesó Jessica, fijando en él su mirada.

—Sí, también —asintió Steve, sombrío.

—¿Mal?



—No sé… —vaciló—. La señora Holland parece ser una dama encantadora. Y su hija, una criatura sensible e inteligente, a quien es fácil tomar cariño…

—¿Entonces? ¿Dónde está el motivo de su preocupación?

—En las Holland, naturalmente. Me dijeron algo más.

—¿Qué fue ello? Me tiene usted sobre ascuas, Steve.

—Se refiere a la niña, a Sue Holland…

—¿Qué le pasa a esa niña? —pestañeó Jessica Sargent, curiosa.

—Tal vez nada. Pero puede ser una paranormal.

—¿Paranormal? Oh, ya recuerdo… Sus aficiones a la parapsicología y todo eso… ¿Es preocupante que lo sea de verdad?

—Es lo que ignoro. Al parecer, la niña sueña frecuentemente con una misma cosa. Un ser que la persigue. Un enano.

—¿Y eso tiene tanta importancia?

—Podría tenerla. Porque una niña amiga suya, jura haber visto a ese enano merodear el colegio, en busca de Sue Holland. Y un testigo, anoche, el sacristán Scott, declaró que un enano huía de la iglesia cuando acababan de asesinar a ese cura.

Ahora sí reveló clara preocupación el bonito y atractivo rostro de la joven institutriz.

Alzó los ojos, fijándolos absorta en su compañero. Tras un silencio, murmuró con voz algo tensa:

—¿Eso… es cierto?

—Parece ser que sí. La persona que me lo refirió, no tenía motivo alguno para mentirme. Dio detalles, nombres… Esa niña, Sue, ve realmente lo que sueña. No es una vulgar pesadilla. El enano existe. Pero ¿por qué persigue a la niña, y por qué ella está obsesionada con su imagen? Todo eso puede tener alguna

relación con el horrible asesinato de anoche… No, no estoy tranquilo, sabiendo que usted se queda en un lugar tan apartado de la población, en compañía solamente de una señora y una niña que tiene visiones extrañas y a quien persigue un posible criminal…

—Creo que habrá que poner en claro todo eso, llegado el momento —suspiró la joven pelirroja—. Y, naturalmente, sólo hay alguien con quien hacerlo: la propia señora Holland…

***

—Espero que se sienta a gusto entre nosotras. Este es un lugar tranquilo y retirado, donde no acostumbra a suceder nunca nada. A veces, quizá se aburra un poco, pero procuraré hacerle la estancia en mi casa lo más grata posible. Tiene una pequeña biblioteca arriba, un televisor portátil en su dormitorio, más el grande del saloncito, y puede, siempre que quiera, irá a Biddeford a distraerse a su gusto.

—Es muy amable, señora Holland —sonrió Jessica—. Pero soy persona fácil de conformar. Prefiero leer a divertirme por ahí.

—Entonces, tanto mejor. Lo que posiblemente echará de menos aquí, serán los hombres. Sólo acostumbran a visitarnos el repartidor del supermercado, el cartero, el doctor Bennett… y nadie más. Había otro buen amigo, pero ya no vendrá por aquí nunca.

Lo dijo con tristeza y dolor. Una sombra cruzó sus ojos al mencionarlo. Steve, estudió su pálida faz, serena y tranquila, y pensó inmediatamente, sin saber la razón exacta: «Se refiere al padre Lubin, seguro. Son católicas. Tienen dos imágenes en el vestíbulo. Parece elemental.»

—De vez en cuando, no viene mal dejar de ver a los hombres por un tiempo —sonrió Jessica burlonamente.

—Tal vez tenga razón —suspiró la dama. Luego, miró a Steve y sonrió—. De todos modos, está su amigo, el señor Cummings. Puede venir a verla cuando lo desee, sin objeción alguna.

—Muchas gracias, señora, pero eso será por poco tiempo —dijo Steve—. Permaneceré solamente tres o cuatro días en Biddeford. Mi trabajo es viajar, recorrer diferentes lugares. No la molestaré mucho.

—No será molestia ninguna, esté seguro —musitó la señora Holland, con tono amable y, aparentemente, sincero—. De vez en cuando, también resulta grato percibir una visita masculina. La hace a una sentirse más segura en esta soledad.

—¿No siente nunca miedo de su soledad, de este paraje que las rodea? —sugirió Steve súbitamente, como si hiciera la pregunta al azar.

—¿Miedo? —la señora Holland se estremeció, sin poderlo evitar. Bajó los ojos—. A veces, en el invierno, que es largo y tedioso. Pero es un sentimiento normal en una mujer que vive sola. No tiene auténtica justificación, créeme. Biddeford es un lugar tranquilo y apacible.

—Sí, eso he pensado siempre. Pero anoche tuve otra impresión, señora.

Jessica le miró, como reprochándole mudamente lo que decía. La señora Holland tembló de modo ostensible. Sobre el regazo, sus pálidas manos se retorcieron nerviosas.

Hubo un aleteo inquieto en sus pestañas.

—Entiendo —la voz brotó ronca, repentinamente insegura—. Ese horrible suceso. No logro entenderlo. Algún toco, sin duda. Un merodeador, supongo, que quiso robar en la iglesia… No tiene otra explicación.

—Sí. Eso imagino. Estuvimos hablando con la policía.

—¿El sheriff Vickers? —el tema, evidentemente, no era del gusto de la señora Holland, pero no había otro remedio que seguirlo, una vez iniciado por su visitante—. Es un buen hombre, pero algo rudo y no muy inteligente. Debe de estar aturdido con un asunto tan desagradable y violento…

—¿Conocía usted a la víctima, señora Holland? Dicen que era muy buen hombre…

—¿El padre Lubin? —otra vez aquel estremecimiento irrefrenable agitó el cuerpo de la mujer. Asintió, rápida—. Sí, muy bueno. Una gran persona Era

muy amigo nuestro. De mí y de Sue… Pobre padre Lubin.

—Mamá… ¿Qué le ocurre al padre Lubin?

La vocecita sobresaltó a todos, especialmente a la propia señora Holland. Todos se volvieron hacia la escalera. Una niña delgada y no muy alta para su edad, aunque sumamente sensible y bonita, de cuerpecito ya formado delicadamente, descendía del piso alto, con un largo camisón translúcido, que siluetaba a contraluz las líneas anatómicas de la pequeña. Cuando fuese mujer, pensó Steve críticamente, sería sin duda esbelta, bien formada y atractiva. Ahora, pese a sus once años, parecía tener ocho o nueve a juzgar por su estatura y su gesto infantil y cándido. Pero más de doce en cuanto a su formación de mujer.

—Sue, querida… —se incorporó rápidamente la señora Holland, hacia la niña de cabellos color miel oscura, que la luz nimbaba casi angélicamente—. ¿Por qué te has levantado de la cama sin previo aviso? Puedes coger frío…

—No hace frío en casa, mamá —protestó la pequeña, clavando sus grandes ojos azules en los visitantes. —Me encuentro bien… ¿Quiénes son estos señores? ¿Es ella mi institutriz, la señorita Sargent?

—Eso es, querida —asintió su madre, que había acudido a ella y la abrazaba contra sí cariñosamente—. La señorita Jessica Sargent ya ha venido. Y con ella está un amigo suyo que nos visitará alguna vez en estos próximos días, el señor Steve Cummings… Ven, los conocerás ahora.

Steve estudiaba atentamente a la niña. Jamás había visto expresión más dulce y llena de apacible ingenuidad. No observó miedo o inquietud alguna en el gesto de la niña.

Observó con qué entusiasmo saludaba a su institutriz, abrazándola y besándola espontáneamente. Luego, con ansiedad de adulta, estrechó la mano de Steve y le miró fijamente a los ojos.

—Es muy guapo —dijo—, ¿Es usted el novio de la señorita Sargent?

Resultaba una pregunta embarazosa para ambos. Jessica enrojeció, Steve carraspeó, incómodo, y la señora Holland la reprendió:

—Sue, ¿qué preguntas son ésas? Sólo son dos buenos amigos, y nada más.

—Oh, no puedo creerlo —sonrió angelicalmente la niña mirando a ambos—. La señorita Sargent es muy bonita. Y el señor Cummings un hombre muy guapo. Tienen que gustarme, seguro. Yo me enamoraría de él, si fuese ya una mujer.

Steve se sintió más incómodo ante la mirada ingenua de la niña, que si cien mujeres le estuvieran escudriñando. Tuvo que buscar una salida jovial para romper el difícil momento:

—Por fortuna, las niñas sois mucho más sinceras que las mujeres, Sue —comentó—. Pero también menos exigentes. Me has hecho sentir como un pavo real, querida.

—Dije la verdad —se acercó a él y, bruscamente, le abrazó y besó su mejilla. Los labios de la niña eran suaves y cálidos. Steve se estremeció. Fugazmente, el incipiente seno de la pequeña rozó su mano. Se echó atrás, sintiéndose un poco fauno, avergonzado de sí mismo, cuando la niña añadía sonriente—: Me gustas, Steve. Me gustaría ser ya toda una mujer para enamorarme de ti…, y ser correspondida.

—¡Sue! —la voz de la madre sonó de repente como un trallazo. Toda ternura, toda bondad y afecto maternal, habían desaparecido bruscamente de Marion Holland, como si su hija hubiera sido culpable de la más terrible de las blasfemias—. ¡Sube inmediatamente a tu cuarto y métete en la cama! Luego subiré yo a vestirte, para que inicies tus clases con la señorita Sargent.

—Sí, mamá —suspiró la pequeña, dócilmente, bajando la cabeza. Caminó hacia la escalera, despidiéndose de ellos—. Hasta luego, señorita Sargent. Adiós. Steve.

Este meneó la cabeza, desorientado, estudiando la marcha abatida de Sue y la expresión dura y fría de la señora Holland, siguiendo con la mirada a su hija.

—Luego hablaré contigo sobre esas cosas que has dicho —advirtió severamente su madre—. Ahora, ve arriba y quédate allí.

—Sí, mamá —repitió la niña. Se detuvo en un escalón, giró la cabeza, le miró y pareció recordar algo que antes había quedado sin respuesta— ¿Qué le pasa al padre Lubin?

Hubo un difícil silencio. La señora Holland respiró hondo. Luego, dio una



respuesta evasiva:

—Lo… lo siento, Sue. No vendrá durante algún tiempo. Está… ausente de Biddeford, querida.

—Está… está muerto, ¿verdad? —preguntó la niña de súbito, con escalofriante sencillez—. Murió ayer, después de darme la cruz, ¿no es cierto, mamá?

Y sin esperar respuesta alguna, mientras la señora Holland, demudada, la contemplaba con mezcla de horror y estupefacción, la manita de la niña se entreabrió, mostrando en su palma una pequeña cruz plateada, que brilló al ser herida por la luz del día nublado, que entraba por las ventanas de la granja.

Luego, desapareció a la carrera, escaleras arriba. Un difícil silencio, se hizo en el living.

CAPITULO VI

Steve miró atrás, preocupado. Sus pasos por el sendero salpicado de charcos de lluvia le alejaban de la granja aislada, de rojos muros y tejados de pizarra, solitaria en el prado de verde y alta hierba, no lejos de los acantilados.

Allá, en la distancia, sobre las brumas costeras, las gaviotas revoloteaban, emitiendo agudos chillidos. Meneó la cabeza el joven representante, reanudando su camino hacia Biddeford. Esperaba que aquel paseo de más de una milla, a mediodía, le sentara bien y abriese su apetito. No tenía ganas de probar bocado. Repentinamente, la preocupación había hecho presa en él, sin aparente motivo.

—La señora Holland es una buena mujer —se dijo a sí mismo, hilvanando sus pensamientos en un monólogo que le hiciera más breve el paseo por la triste campiña en el otoño—. Cariñosa, tierna, aunque algo dura con la moral, rígida como toda creyente, con lo que considera procacidades de su hija. Tal vez pueda llegar a ser incluso represiva, si la niña da motivos para ello en ese terreno. Después de todo, Sue tiene casi doce años, aunque aparente menos. Ya debe ser mujer… Pero su madre sigue viendo en ella a la niña de siete u ocho años. Y su puritanismo religioso la hace más imperativa. ¿O es que tiene miedo a algo? ¿Desea proteger a su hija del mundo, del pecado, de la carne? Se da mucho esa circunstancia en mujeres profundamente religiosas, sean católicas o protestantes. El padre Lubin era buen amigo de ambas y eso revela una gran aproximación con la Iglesia.

Luego, la niña parece haberla sobrecogido. Parecía saber que el cura estaba muerto, aunque nadie se lo dijera. ¿Es realmente una paranormal? Juraría que sí. Tiene algo en su modo de mirar, de intuir las cosas, de observar a la gente.

Meneó la cabeza, siguiendo con sus ideas sobre el asunto. Algo que había dicho la niña, le hizo seguir otro cauce en sus deducciones:

Ayer tarde estuvo en la granja el padre Lubin. Minutos más tarde, quizá, era asesinado por un enano en la sacristía de su iglesia. Él había dejado a Sue una pequeña cruz… ¿Por qué lo hizo? ¿Era un simple regalo sin importancia? ¿O significaba que el sacerdote había intuido algún peligro de matiz demoníaco, en torno a la niña, y pretendía protegerla con aquella cruz? Si era así…, ¿por qué fue luego él quien sufrió el daño? ¿Pensaba en algún exorcismo, y un ser diabólico lo quiso evitar, asesinándole?

Le pareció todo demasiado absurdo. Pero el clima, el ambiente de Nueva Inglaterra, empezaba a influir en él, sin duda alguna. Se dijo que ya tenía las mismas ideas que los naturales de aquellas tierras. Supersticiones, creencias diabólicas y todo eso…

Apartó eso de su mente. Pero aún quedaban muchas cosas sueltas, inquietantes todas ellas: los sueños de Sue, el enano visto por su amiguita, Hattie Gardiner… Y la cruz del padre Lubin. Y el crimen…

Aceleró el paso. Repentinamente, sentía la necesidad de hablar nuevamente con los hombres que representaban la ley en Biddeford.

El sheriff Vickers movió la cabeza afirmativamente, tras apuntar algo en su agencia.

Luego, cambió una mirada con su ayudante, Clint Morgan, antes de volver de nuevo su atención al espontáneo visitante.

—Es una historia singular, para venir de un forastero —comentó, irónico—. ¿De veras cree usted que las fuerzas del Mal aniquilaron al padre Lubin para que no protegiese a la niña con sus recursos de religioso?

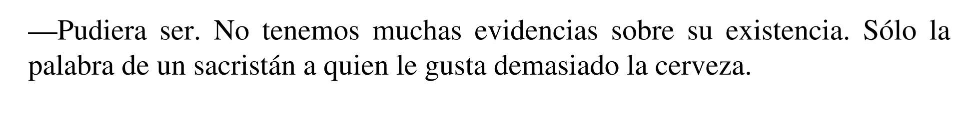
—No he dicho eso —rectificó Steve—. Pero hay algo en este feo asunto que no acabo de entender, y que no tiene aparente explicación lógica y razonable, sheriff.

—No crea que me burlaba de usted. Estamos de acuerdo en eso. Lo sorprendente es que una persona que no se ha criado en una comunidad puritana y supersticiosa como la nuestra, haya tenido ideas tan semejantes a las de otros ciudadanos. Usted también ha pensado en el diablo, no me diga que no.

—Lo admito —sonrió Steve—. Sí, lo he pensado.

—Me lo temía —gruñó Vickers, poniéndose en pie y dando paseos por la oficina—. Señor Cummings, no se reproche nada por ello. Yo mismo, que no soy nada sensible a tales cosas, he llegado a pensar que el mismo diablo entró en la Iglesia anoche, para matar al padre Lubin. Pero tengo que buscar a alguien más tangible y real que un simple ser del infierno, compréndalo.

—¿El enano?



—Pudiera ser. No tenemos muchas evidencias sobre su existencia. Sólo la palabra de un sacristán a quien le gusta demasiado la cerveza.

—¿Y la niña Hattie Gardiner?

—La niña… —asintió con energía el sheriff —. Sí, eso cambia las cosas. ¿Quiere venir conmigo, señor Cummings? Haremos una visita a la pequeña.

—Iré gustoso —asintió Steve. Luego, tras un momento de reflexión, añadió, mirando curioso a Vickers—: Me dijo usted antes que hay un psiquiatra en Biddeford, para cuidar de Sue Holland. ¿Qué conclusiones ha sacado de su joven paciente?

—Ninguna definitiva —suspiró Vickers, caminando hacia la puerta—. El doctor Carpenter está confuso. Muy confuso. Sólo de algo parece estar seguro.

—¿De qué, sheriff?

—De que el enano existe. De que Sue no sufre pesadillas vulgares, sino sueños premonitorios. Y también cree saber que la señora Holland está muy asustada…, pero no quiere revelar el porqué.

—Es curioso —murmuró Steve—. Yo he pensado lo mismo, sheriff. La señora Holland tiene miedo. Y el motivo de ese miedo…, se relaciona con Sue y sus facultades paranormales, estoy seguro.

***

Hattie Gardiner era una niña normal, aunque graciosa y simpática. Steve, ante ella, no notó esa hipersensibilidad que despedía Sue Holland. Ni tampoco la sensación de que una pequeña mujercita estaba ante él. Hattie era absolutamente una niña, también de menos años que Sue. Esta, en cambio, empezaba a ser mujer. Y no le importaba demostrarlo, ni siquiera ante un hombre perfectamente desconocido.

La señora Laura Gardiner, propietaria de una pequeña tienda cercana a la cafetería donde Eva Marie prestaba sus servicios, resultó ser una mujer

charlatana y cordial, para quien nadie en el mundo podía ser como su hija. Otra dama de cabellos canosos y rostro afilado, que le recordó a Steve a la bruja del Mago de Oz, estaba en compañía de la madre de Hattie cuando él y el sheriff Vickers entraron en el establecimiento de productos cosméticos.

Resultó ser la señorita Margaret Eastman, la maestra de Biddeford. Y, por supuesto, por ello mismo, nada amiga actualmente de Marion Holland.

—Esa señora… —la oyó comentar cuando Vickers mencionó a las Holland —. ¿Qué podrá reprocharme a mí, si su hija es una neurótica? ¡Sacarla del colegio, para contratar una institutriz que le dé clases! Es una afrenta. ¡A mí, que he sido maestra durante treinta años, sin que nadie tuviera la menor queja de mis métodos! Es su chiquilla la que está loca, y esa mujer pretende encerrarla lejos de todo y de todos…

Vickers resopló, cambiando una paciente mirada con Steve, mientras la dama se desahogaba en sus agrios comentarios, pacientemente escuchados también por la señora Gardiner. Por fin, el sheriff pudo interrumpir a la señorita Eastman, y pedirle a la señora Gardiner que le permitiera hablar con Hattie.

—¿De veras cree que mi hija puede servirle de alguna ayuda? —dudó la madre—. Ella no puede saber nada que le interese a usted, sheriff…

—Señora Gardiner, su hija puede que haya visto en alguna ocasión al enano que vieron huir anoche de la iglesia católica —dijo con tono firme Brian Vickers.

—¿El enano? —dudó la señorita Eastman rápidamente—. ¡Ese no existe más que en la imaginación de Sue Holland!

—Y en tal caso, también en la del sacristán Scott —apuntó Vickers, ceñudo —. Pero me consta que Hattie habló con alguien de ese enano, hace algún tiempo. Necesito saber si, realmente, llegó a verlo.

—En seguida responderá a sus preguntas —asintió la madre—. Es una criatura muy inteligente, esté seguro de ello. Y nada mentirosa, por otro lado. ¡Hattie, querida, ven aquí! Estos caballeros van a hacerte unas preguntas…

En cuando Hattie, la morena y graciosa Hattie, salió a la tienda, con su gesto de ingenuidad y dulzura, encarándose con el sheriff Vickers, que se agachó para conversar amistosamente con ella.

—Hattie, tengo que hacerte una pregunta dijo Vickers—. Una sola. Me gustarla que lo pensaras bien antes de responderme, y me dijeras todo tal como lo recuerdas. ¿De acuerdo, Hattie?

—Sí, señor Vickers —asintió la niña con simpatía.

—Bien… Sé que eres bastante amiguita de Sue Holland, ¿es cierto?

—Sí, señor. Somos compañeras de clase. Quiero mucho a Sue.

—Lo sé, querida. Ahora, trata de recordar: ¿te habló Sue de una persona que la perseguía, que la vigilaba…, y a la que tenía miedo?

—Sí —asintió Hattie con ojos brillantes—. El enano

—Oh, el enano, ¿eh? —Vickers cambió una mirada con Steve Cummings. Luego, insistió—: Pero supongo que eso sólo lo veía ella. Que nunca viste realmente al enano…

—Bueno, varias veces me lo señaló Sue, pero no llegué a verlo. Al parecer siempre se escondía o huía con rapidez, para no ser visto. Pero un día…, lo vi.

—¿Estás segura…? ¿Totalmente segura, Hattie…? ¿O creíste verlo?

—No, no. Lo vi. Si una ve una cosa, no es que crea verla. Es que la ve —dijo la niña, con una lógica demoledora.

—Sí, claro. —Vickers soltó un suspiro—. ¿Cómo era él?

—Muy feo. Horrible. Tenía una cara que asustaba… Sonreía siempre. Pero era una sonrisa fea, daba miedo… Me miró extrañamente, buscó luego con la mirada a alguien, creo que a Sue…, y cuando grité, llamando a la señorita Eastman, ya se había ido. No me creyeron. Dijeron que mentía, lo mismo que mi amiga Sue. Y no es cierto, señor. Yo vi a ese enano. Nunca podré olvidarle.

—Hattie, yo sí te creo —terció suavemente Steve, acercándose a ella—. Y el sheriff también. Ahora, escúchame. Tengo algunas nociones de dibujo. ¿Podrías tú ver lo que yo voy dibujando, y decirme lo que está bien y lo que está mal? Será un Juego muy divertido, Hattie. Nos divertiremos mucho…, y

dibujaremos la cara del enano, tal como tú la recuerdas, ¿te gusta la idea?

—¡Oh, sí, sí! —palmeó la niña, alegremente—. Me gusta ese juego… ¿Cuándo lo vas a hacer?

Steve miró a la señorita Eastman y a la señora Gardiner. Sonrió luego.

—Ahora mismo —le dijo a Hattie—. En cuanto tenga papel y lápiz, pequeña…

***

—Asombroso, señor Cummings. Un retrato robot improvisado. ¿Cree, de veras, que ese enano puede ser tan horrible?

—Es evidente. Hattie insistió mucho en que había logrado al fin retratarle tal como era. Realmente, se comprende el terror que produjo en Sue y en Hattie… Es un ser monstruoso —y contempló aquella faz ancha, deforme, de boca grande y maligna, de ojos estrechos y fríos, de frente abombada, mueca perversa y arrugas en el rostro. Recordaba a un típico demonio de los viejos grabados, o una gárgola medieval.

Steve le había trazado también una caperuza y un impermeable. El resultado era desagradable e inquietante. Vickers se rascó los cabellos.

—Quédese con su original —indicó—. Haremos unas fotocopias para transmitir a otros lugares de New Hampshire, por si es localizado en algún lugar.

—Es evidente que un enano con este rostro, no pasará desapercibido en lugar alguno —comentó Steve, pensativo, mirando su dibujo—. Resulta raro…

—¿Qué es lo que resulta raro? —le miró el sheriff, sorprendido.

—El dibujo… Este rostro. Juraría que lo he visto alguna vez, antes de ahora. Pero no logro asociarlo con un enano. Es algo que no puedo recordar…

—Pues la cosa no puedo ser más evidente, señor Cummings. La niña, Hattie, dice que ése es el enano. Y el rostro, ciertamente, no puede corresponder a ninguna persona normal. Ahora, necesitaríamos mostrárselo a Sue Holland, si bien estoy seguro de que se trata de la misma persona. No puede haber más que un enano en la vecindad. Aun así, ya es demasiado…

Steve seguía estudiando, meditabundo, el retrato robot obtenido gracias a la descripción de la niña. En breve, ese dibujo recorrería todo New Hampshire, pero se preguntaba si eso serviría realmente de algo. A veces, tenía la rara impresión de que aquél era un ser de pesadilla, un monstruo de otra dimensión o una criatura irreal, que procedía de un mundo de tinieblas y de horror, muy ajeno al que ellos estaban pisando en estos mementos.

—¿Por qué, sheriff —musitó Steve—. ¿Por qué este espantoso ser se preocupa en atormentar a esas niñas? No tiene sentido…

—Lo resolveremos solamente cuando ese monstruo caiga en nuestras manos, estoy seguro de ello —resopló el hombre de la ley cansadamente—. De otro modo, ¿quién sabe lo que puede pasar por una mente como esa? Evidentemente, disfruta aterrorizando y torturando a esas criaturas. Tenga en cuenta que es un enfermo, un ser anormal, sin duda. Sólo así se explicaría también el asesinato del padre Lubin.

—Si es que todo esto, en realidad, tiene una auténtica explicación racional, un sentido lógico, por disparatado que resulte comentó Cummings, sombrío—. Es como enfrentarse a algo que no es humano ni tangible, sheriff.

—Mire, señor Cummings, usted es parapsicólogo y todas esas cosas, y le gusta encontrar explicaciones raras a las cosas más normales del mundo, pero yo, como sheriff, tengo que actuar con los pies en el suelo, sin dejarme influenciar por nada. Admito que estamos persiguiendo a una criatura extraña e inquietante, pero eso es todo. Las niñas podrían sufrir alucinaciones o ver cosas que no existen, pero es obvio que alguien mató al padre Lubin y que ese alguien, según declaración del sacristán Scott, era un enano… Todo coincide, de modo que el ser existe, es corpóreo y tangible, y no sólo le han visto las dos niñas, sino también el bueno de Scott, aunque al principio atribuyéramos a la cerveza tal visión. Ahora sabemos que no es él solo quien ha visto a la horrible criatura. Todo se reduce a una sola cosa: que seamos nosotros ahora los que lleguemos a verle…, y aprehenderlo, naturalmente. O el terror invadirá toda la región, alterando su vida normal.

Steve Cummings iba a decir algo, cuando la puerta de la oficina del sheriff se

abrió, y un hombre alto y flaco, de cabellos blancos, muy lisos, rostro enjuto y ojos inteligentes, hizo su entrada en el recinto. Vestía un traje enteramente negro, con el blanco cuello duro vuelto, bajo el suéter igualmente negro. En su mano llevaba una pequeña Biblia.

—¿Me permite, sheriff? —pidió cortésmente.

Vickers se volvió vivamente hacia él.

—Oh, pase, pase, reverendo —se apresuró a invitar, poniéndose en pie—. Siéntese, se lo ruego. ¿Se conocen? No, imagino que no… Señor Cummings, el reverendo John Watkins, de la capilla protestante de Biddeford. Reverendo, éste es el señor Steve Cummings, viajante de comercio…, y parapsicólogo aficionado.

—¿De veras le atrae la parapsicología? —el sacerdote estrechó cordialmente su mano, con una leve sonrisa en los labios delgados y pálidos—. Es un tema apasionante, señor Cummings. A mí también me seduce, aunque disponga de poco tiempo para dedicarme a él.

Se acomodó donde le indicaba Vickers, y aceptó un trago de cerveza de buen grado.

Parecía un hombre jovial y lleno de vitalidad, pese a su edad. Los ojillos astutos, no dejaban de observar a sus interlocutores mientras hablaba.

—Si puedo servirle en algo, reverendo… —se ofreció Vickers—. Puede hablar con entera franqueza. El señor Cummings, en cierto modo, es ahora un colaborador mío.

—¿En el caso del padre Lubin, supongo? —insinuó amablemente el reverendo.

—Pues si —pareció sorprenderse ligeramente el sheriff —. ¿Qué opina de todo eso?

—Horrible —murmuró el protestante con tono grave—. Pobre padre Lubin… Éramos buenos amigos, por encima de nuestras respectivas creencias. Lo sentí mucho. Creo que la parroquia católica piensa traer mientras tanto al padre O'Neil, de Portland, hasta que nombren nuevo párroco…

—¿El padre O'Neil? — Vickers arrugó el ceño, mirando curioso a su interlocutor—. Vaya, no me imaginaba algo así, reverendo Tengo entendido que el padre O'Neil estuvo anteriormente en Asia y África, que incluso tiene prestigio como… como exorcista, ¿no es así?

—En efecto —asintió el sacerdote—. Ha oído bien, sheriff. El padre Patrick O'Neil es un exorcista muy conocido. De eso venía a hablarle.

—Le escucho, reverendo —La idea de la parroquia creo que se fundamenta en la declaración del sacristán Scott…, y lo que le sucede a la hija de la señora Holland.

—Veo que las noticias vuelan en Biddeford —resopló el hombre de la ley—. Sí, es cierto. Hay cosas extrañas en este asunto… Pero creo que sería demasiado recurrir al exorcismo, reverendo.

—Yo no sé qué decir. Lo cierto es que, recordando todo eso, he revisado los archivos de mi capilla. Y he encontrado algo.

—¿Usted? ¿Qué ha encontrado? —se interesó Vickers, mientras Steve escuchaba muy atento la conversación.

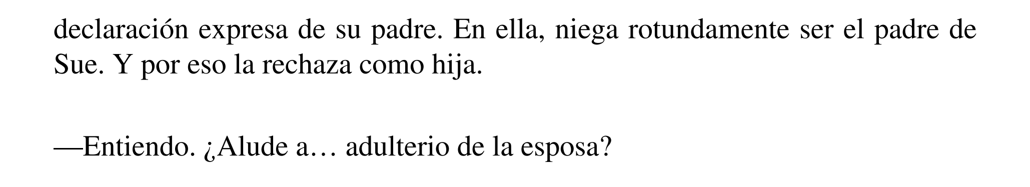
—La partida de nacimiento de Sue Holland. Y la de matrimonio de la señora Holland con su difunto esposo… Estaba seguro de que había algo raro en ello, pero no sabía qué. En los archivos figura ello. Y he confirmado mis sospechas.

—¿Qué sospechas, reverendo?

—La niña no era hija del difunto Holland. Su padre se negó a aceptarla como tal. Hubo mucho revuelo entonces. La señora Holland era católica, y él protestante. Se casaron en la capilla protestante. Y allí registraron también el nacimiento de la niña. Con el apellido de soltera de la señora Holland: Davis. Sue Davis fue su nombre al nacer.

—Pero aquí todos creíamos que ella.

—Espere, sheriff —alzó el reverendo una mano enérgica—. Déjeme terminar. Actualmente, la niña sí tiene el apellido paterno. Más tarde, su padre la reconoció y dio apellido legal. No explicó el porqué, pero su letra en el registro aparece bastante confusa, desordenada, como muy alterada por alguna razón. En un anexo junto al registro de nacimiento de Sue Holland, figura una


declaración expresa de su padre. En ella, niega rotundamente ser el padre de Sue. Y por eso la rechaza como hija.

—Entiendo. ¿Alude a… adulterio de la esposa?

—Ahí está lo extraño. El no menciona la palabra «adulterio» ni sugiere que eso sucediera en absoluto.

—¿Entonces…? la perplejidad asomó al gesto y tono del sheriff Vickers.

—Mi querido amigo, el difunto Holland afirmaba allí, solemnemente, que él mismo había obligado a su esposa, Marion Holland, a un ritual secreto, durante el cual, ella había sido poseída por Satanás…, ¡y que Sue Holland era hija del Diablo, y él enviaría más tarde o más temprano a un emisario de las Tinieblas, para llevarse consigo a la niña!

CAPITULO VII

Jessica Sargent sonrió, cerrando el libro. Se quedó mirando dulcemente a su joven alumna.

—Muy bien, Sue —aprobó—. Eres una chica muy inteligente y muy despierta. Te felicito. Aprendes las cosas con suma rapidez.

—Gracias, señorita Sargent. La señorita Eastman no es de la misma opinión… Siempre estaba regañándome…

—Es evidente que la señorita Eastman no sabe lo que se trae entre manos, ni merece el cargo de profesora —suspiró Jessica, poniéndose en pie—. Te aseguro que me siento muy satisfecha de ti en esta primera lección. Tienes imaginación, sensibilidad, inteligencia y ganas de trabajar. Estoy segura de que vamos a ser muy buenas amigas.

—Me gustaría mucho, señorita Sargent —asintió ella, entusiasmada.

—Escucha, Sue. Soy joven, y tú ya empiezas a dejar de ser una niña, para convertirte en una deliciosa mujercita. Debes llamarme Jessica, simplemente. Es mejor así, ¿no te parece?

—Oh, si —la niña parecía radiante—. Gracias, Jessica. Me encanta tener una amiga de verdad. Estoy siempre tan sola…

—Este paraje es muy triste —admitió Jessica, mirando por las ventanas a la pradera rizada por el aíre húmedo y frío de los acantilados—. Pero nosotras podemos divertirnos aquí, sin acordarnos para nada del invierno ni del exterior.

—Jessica, es usted maravillosa —ponderó Sue, con ojos brillantes de gozo—. Voy a ser muy feliz teniéndola siempre a mi lado, se lo aseguro.

—Yo también lo seré contigo. Sue, cada vez estoy más convencida de ello… —su mirada se fijó más, allá en el exterior, a través de los cristales de la ventana—. Creo que tenéis visita…

—¿Visita? —se desanimó Sue—. Oh, desde que ha muerto el pobre padre Lubin, no quiero ya más visitas. Sólo él me gustaba, me comprendía…

—Se trata de ese caballero, el doctor Carpenter —observó Jessica, viendo bajar de un coche de alquiler al médico psiquiatra de Portland.

—Menos mal —suspiró la niña, pegando su cara a la ventana—. El doctor es simpático y amistoso. Y a mamá parece gustarle…

—Sue, eres muy maliciosa —rio Jessica, reprendiéndola de buen humor—. Pero a fin de cuentas, tu madre no tiene mal gusto. Es un arrogante caballero.

—Sí, lo es —asintió Sue, distraída—. Pero lo es mucho más su amigo Steve, Jessica. Él sí que es guapo. ¿De veras que no está usted loca por él?

—Sue, tendré que regañarte si sigues por ahí —a su pesar, Jessica enrojeció vivamente, mientras la niña, traviesa, corría lejos de ella, riendo.

Sonó la campanilla de la puerta. Momentos después, el doctor Carpenter era introducido en el gabinete por la señora Holland. Jessica, observando a ésta de soslayo, empezó a preguntarse si no estaría Sue en lo cierto. Había cierta deferencia en el modo de tratar la dueña de la casa a aquel visitante, e incluso un leve arrebol teñía sus mejillas, animándolas.

—Quería hablar con ustedes, señora Holland —dijo gravemente el psiquiatra, tras saludar a Jessica—. ¿Dónde está ahora Sue?

—Creo que ha subido a su cuarto —sonrió Jessica—. Está hoy muy picara y traviesa, pero creo que ésa es una buena señal.

—Su presencia la animó mucho, señorita Sargent —asintió Marion Holland —. Hacía tiempo que no veía tan alegre a mi hija… ¿Ocurre algo, doctor Carpenter? Le veo algo preocupado…

—Lo estoy, señora Holland la miró fijamente—. ¿Ha sido usted totalmente sincera conmigo?

Marion Holland vaciló ostensiblemente. A Jessica no le pasó eso por alto. Y al parecer, tampoco al doctor Carpenter Por fin, la dueña de la casa se mostró ambigua:

—¿Qué está tratando de insinuar, doctor? ¿A qué sinceridad se refiere?

—A lo relativo a su hija Sue —dijo escuetamente el psiquiatra.

—¿Qué tiene que ver Sue con mi presunta falta de sinceridad? —se obstinó ella en responder a una pregunta con otra.

—Tal vez mucho, señora. Estoy tratando de ayudarlas. A usted y a ella. Sobre todo a ella, que es en realidad mi paciente.

—Sigo sin ver claro lo que pretende decirme. Le he contado cuanto sé, acerca de lo que le ocurre. Tal vez la propia Sue pueda ser más explícita si usted…

—No, señora Holland. Ha de ser usted quien no me oculte nada. La niña ya ha relatado cuanto cree saber. La clave de su confusión mental está en algo que usted conoce y ella no. Cada vez estoy más convencido de eso.

—¿Sugiere que le estoy mintiendo u ocultando algo?

—Mintiendo, no creo. Ocultándome algo…, sí.

—¿Qué puede ser ello, puesto que se cree usted tan astuto? —se irritó ella.

—Si lo supiera… —Carpenter meneó la cabeza—. Esa niña tiene un complejo de terror. Le viene de algo. Ciertamente, el enano existe. Pero ¿por qué la acosa, por qué trata de torturarla con su obsesiva presencia, hasta hacerla tener sueños de verdadera angustia?

—Yo no vi jamás a ese enano, doctor —cortó Marion fríamente—. Si el sacristán cree haberlo visto, es distinto. Entonces supe que existía realmente. Y lo entiendo tan poco como usted mismo. Todo eso no tiene sentido alguno.

—Señora Holland, acabo de ver en la oficina del sheriff las fotocopias de un retrato robot obtenido por el amigo de la señorita Sargent, el joven Cummings, a través de las revelaciones de otra niña. Hattie Gardiner, compañera de colegio de su hija, que también llegó a ver al enano. Se va a difundir su horrible rostro por toda la región, para ver si dan con él.

—Es algo espantoso saber que tal monstruo existe y es un asesino, pero ¿qué puedo hacer yo en todo eso? Ya le dije que, hasta ahora, ignoraba que ese

enano existiera, y lo atribuía a simple imaginación de Sue.

—Sí, señora Holland. Pero tiene que haber una razón para que ese monstruo ronde siempre en torno a su hija, vigilándola, acechándola como algo maligno… Estoy seguro de que usted teme algo, que presiente algo… ¿Qué es ello, señora? Podría ayudarnos mucho si se sincerase totalmente conmigo…

Marion Holland pareció a punto de decir algo. Luego cambió de idea y meneó negativamente su cabeza.

—No, no tiene sentido musitó. No ganaría nada hablándole de ello. Es absurdo, doctor.

—Exacto —los ojos del psiquiatra brillaron—. Por absurdo que ello sea, señora… cuéntemelo. Dígame qué oculta. Puede ser muy importante…

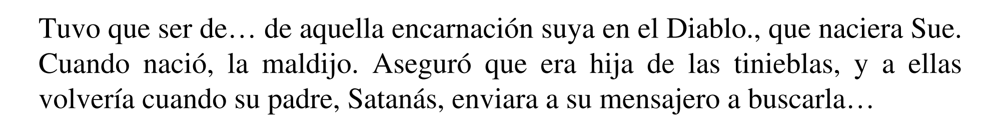
—Pero… pero usted es un médico, un psiquiatra Sabe de enfermedades, de males internos, no de cosas que no son de… de este mundo, doctor Carpenter…

Jessica pestañeó. Ella y el doctor Carpenter cambiaron una repentina mirada, rápida y significativa. El insistió, inclinándose hacia la señora Holland.

—¿Cosas que no son de este mundo? ¿A qué se refiere, señora? Vamos, hable, se lo ruego… Tal vez sea algo así lo que yo estoy buscando, lo que puede abrirnos totalmente las puertas del subconsciente de Sue. Lo que puede aclararnos la presencia de ese horrible enano en estas vecindades…

De repente, Marion Holland rompió a llorar. Y de sus labios escaparon unas palabras aparentemente incongruentes y disparatadas, poro que tanto la trémula Jessica como al impresionado doctor Carpenter, escucharon en silencio, sin quitar de ella su mirada:

—Todo empezó antes de nacer Sue, doctor… Fue por culpa de Sidney, mi esposo… Él decía ser protestante, y por ese rito nos casamos, pero mentía. No creía en nada. En nada divino, se entiende. Él… él sólo tenía fe… en Satanás. Era un fiel servidor del Diablo… Lo supe demasiado tarde. El temor me mantuvo junto a él…, incluso en ceremonias horribles que él presidió. Así… así ocurrió una noche, en una de esas ceremonias secretas., que él… él encarnó a Satanás… y me poseyó, naciendo Sue de esa unión… ¿Se da cuenta? De nuestras relaciones normales, como esposos, nunca tuvimos hijos.



Tuvo que ser de… de aquella encarnación suya en el Diablo., que naciera Sue. Cuando nació, la maldijo. Aseguró que era hija de las tinieblas, y a ellas volvería cuando su padre, Satanás, enviara a su mensajero a buscarla…

—Siga, por favor, señora Holland… —rogó Carpenter, tras una mirada seria con Jessica, mientras la madre de Sue sollozaba—. Siga, se lo ruego…

—Ni siquiera la admitió como hija propia…, hasta años después, cuando estaba a punto de morir…, y pidió un exorcista, para abandonar este mundo en la fe del Señor… Entonces, ya enfermo, rectificó el registro, reconoció a Sue…

—¿Le atendió un exorcista? —quiso saber el psiquiatra.

—Sí. Pero no tuvo mucho tiempo para trabajar en él, en su alma. Murió, dejándonos en la duda de su posible salvación. El padre O'Neil, de Portland, hizo la tarea. Él tenia fe en que resultó, en que el Mal anidado en el cuerpo de mi esposo, terminó por salir de él antes de su fin. Pero siempre me quedó la duda…

—Y ahora, usted ha pensado…

—Sí —afirmó ella, mostrando sus ojos, arrasados de llanto—. He pensado que ese enano odioso…, es el enviado de las Tinieblas, el emisario que Satán envía para llevarse consigo a Sue, a mi hija…

Hubo un profundo silencio en la sala. Arriba, se oían las pisadas de Sue, correteando por su habitación. Jessica notó un escalofrío. Miró al exterior, a la tarde oscura, a los arbustos agitados por el aire, a las sombras lejanas de las gaviotas en el acantilado…

—¿Es todo, señora Holland? —preguntó roncamente el psiquiatra, tras un silencio.

—Es todo, si… —sollozó la madre de Sue.

—¿Ella… lo supo alguna vez?

—¿Sue? Oh, no, por Dios… Nunca. Ella lo ignora todo, felizmente… A veces quiero creer que es solamente hija de Sidney y mía, que todo fue una coincidencia, que no hay natía diabólico en ella, y que nunca, nadie, me la

quitará de mi lado…

—Es muy posible que sea así, señora —sentenció Carpenter, con un suspiro, poniéndose en pie su alta figura. Su mirada volvió a encontrarse con la de Jessica, en tanto apoyaba su fuerte mano en el hombro de la dama sollozante —. Pero alguien más puede conocer esa historia…, y ha enviado a ese enano para enloquecerlas, para destruir sus vidas… Haré unas cuantas averiguaciones más. Mañana o pasado, charlaré con Sue, trataré de limpiar su mente de terrores…, y quizá eso le devuelva la tranquilidad. Sí, entretanto, la policía da con ese enano, todo se arreglaría. Sue necesita sentirse a salvo de algo que siente que la amenaza. Algo que no sé si es de este mundo o de otro, pero que tenemos que neutralizar entre todos… La veré mañana, señora Holland. Perdone. Y gracias por todo.

Se encaminó a la salida. Jessica, ante el estado de ánimo de Marion Holland, se cuidó de acompañar al psiquiatra hasta la puerta. Miró a la campiña desolada por el frío aire salobre.

—¿Se va a pie a Biddeford? —preguntó la joven institutriz.

—Es sólo un paseo —sonrió Carpenter de buen humor. Luego, la preocupación volvió a su rostro, y oprimió con calor el hombro de Jessica—. Trate de animarse, se lo ruego. He oído una extraña y siniestra historia, pero las cosas, a veces, no son tan terribles como parecen. Es muy posible que el diablo sólo existiera en la mente de Sidney Holland…, y en la de su esposa amedrentada. Nada más. De todos modos, ese relato y este lugar, no son los más idóneos para una mujer joven como usted…, acompañada solamente por otra mujer y una niña. ¿Quiere venir conmigo a Biddeford? Seguro que su amigo Cummings se llevaría una muy grata sorpresa…

—No, no, gracias —rechazó Jessica, sonriendo, bajo la mirada maliciosa del joven psiquiatra—. Debo quedarme aquí. Es mí sitio. No soy nada miedosa, esté tranquilo.

—Eso me ha parecido. ¿Pero está preparada para todo?

—Lo estoy —aseguró ella, serena—. Incluso para ver al enano, si aparece.

—Vaya, a eso le llamo yo valor —sonrió Carpenter, alentador—. La felicito, señorita Sargent. Buenas tardes.

—Adiós, doctor. Y tenga usted cuidado. Oscurecerá antes de que llegue a la población, tal como está de nublado.

—No se preocupe por mí —dijo él jovialmente, ya en marcha con su larga zancada, a través de la alta hierba rizada por el aire—. Yo tampoco sé lo que es tener miedo, señorita Sargent…

Se alejó. Jessica tuvo un estremecimiento, al golpearla el frío azote de la brisa otoñal, y cerró la puerta. Tras una leve vacilación, la aseguró con un pestillo y regresó al gabinete.

Arriba, habían cesado las carreras de Sue. Había sido un día muy agitado para ella. Sin duda se había echado a descansar un poco.

***

El doctor Vincent Carpenter dejó definitivamente atrás la granja de las Holland. Ante él, el sendero bordeado de hierba y arbustos, conducía directamente hacia la población, en la que ya empezaban a brillar algunas luces, dada la profunda oscuridad de la nubosa y fea tardo.

Su larga zancada le hacía ganar terreno con rapidez. Estaba deseando hallarse a cubierto, delante de una taza de café caliente, para meditar con calma sobre lo que poco antes le había confesado dolorosamente Marion Holland.

Él había intuido desde el principio la presencia de un elemento extraño en la historia de Sue Holland. Pero ahora, ese elemento constituía una decisiva duda ¿Era un factor natural o extraterreno el que movía a los seres humanos en Biddeford, en un ambiente de tremenda pesadilla que ya una vez había estallado en sangre, y aún podía volver a hacerlo, si el obsesivo perseguidor de Sue era, realmente, un maniaco sanguinario.., o un auténtico enviado de Satanás?

No sabía dónde hallar esa respuesta. Pero tenía un tema a discutir con el sheriff Vickers, con Steve Cummings y otros. Tal vez fuera preciso traer de nuevo al padre O'Neil, de Portland, y tratar de que actuase como exorcista, igual que hiciera años atrás con Sidney Holland, cuando la muerte estaba a

punto de llevarse delictivamente a ese oscuro y equívoco personaje que fuera el padre de la infortunada Sue…

El hilo de sus pensamientos se interrumpió bruscamente. Carpenter se detuvo. Miró escudriñador hacia un macizo de arbustos situado a su derecha. Estaba seguro de que se había movido con una fuerza superior a la que podía provocar el aire marino. Fue como una agitación repentina de la hojarasca.

—Eh, ¿quién anda ahí? — preguntó con voz clara y potente.

Nadie respondió. Los arbustos volvían a moverse ligeramente, a impulsos de la helada brisa, pero nada más. Carpenter dudó entre seguir adelante o acercarse a los matorrales y examinarlos. La oscuridad crecía por momentos.

Resolvió acelerar el paso y seguir hacia el pueblo. Tal vez algún animal asustadizo, había golpeado los arbustos, camino de su madriguera. No debía permitir que su frío y lúcido cerebro fuese alterado por temores e incertidumbres que a nada conducían.

De modo que siguió adelante, en dirección a Biddeford, dando por zanjado el asunto.

Así hubiera continuado, a no ser porque de nuevo, un trecho más adelante los arbustos volvieron a agitarse con desusada fuerza. Carpenter clavó en el lugar sus ojos, y creyó percibir un vago bulto agazapado tras los ramajes.

Decidido, avanzó rotundo hacia el lugar, cerrando sus puños amenazadoramente. Su voz tronó:

—¡Vamos, quienquiera que sea, salga de ahí de una vez! No se oculte de nuevo, porque sé que está ahí. ¿A qué viene este estúpido juego?

Alcanzó los arbustos y penetró resueltamente a través de ellos. Carpenter era un hombre combativo, y lo estaba demostrando en este momento.

Se paró en seco al salvar la barrera de arbustos y encontrarse ante el ser que se ocultaba tras ellos. Sus ojos se dilataron, asombrados.

—¡Tú! —aulló roncamente.

La risa siniestra escapó por entre los labios deformes, estirados, en un rostro monstruoso, de gárgola. Un ridículo capuchón cubría la cabeza del ser. Un largo y grotesco impermeable oscuro, le caía hasta los pies.

—El enano., —jadeó, tratando de salir de su asombro—. De modo que existes… Eres tú, maldito monstruo… asesino… ¿Por qué? ¿Por qué torturas a esa criatura? ¿Cuál es tu juego, maldito engendro del diablo?

La respuesta a sus duras interpelaciones, fue una larga, sarcástica risa burlona, que sonó siniestramente en la oscura y fea tarde. Carpenter, resuelto, sin temor alguno a aquella espantosa visión, avanzó resueltamente sobre el enano, cuyos brazos aparecían cruzados a la espalda.

Apenas llegó cerca de él y alzó un demoledor puño para descargarlo sobre la repugnante faz de la criatura, el enano dio un salto y extrajo sus manos de detrás de su contrahecha figura.

Carpenter lanzó un grito de horror al advertir, demasiado tarde, lo que le tenía reservado el pequeño monstruo. ¡Un largo tenedor de tareas agrícolas, un tridente de afilado hierro, se dirigió contra su pecho, con la furia de una lanza en pleno combate!

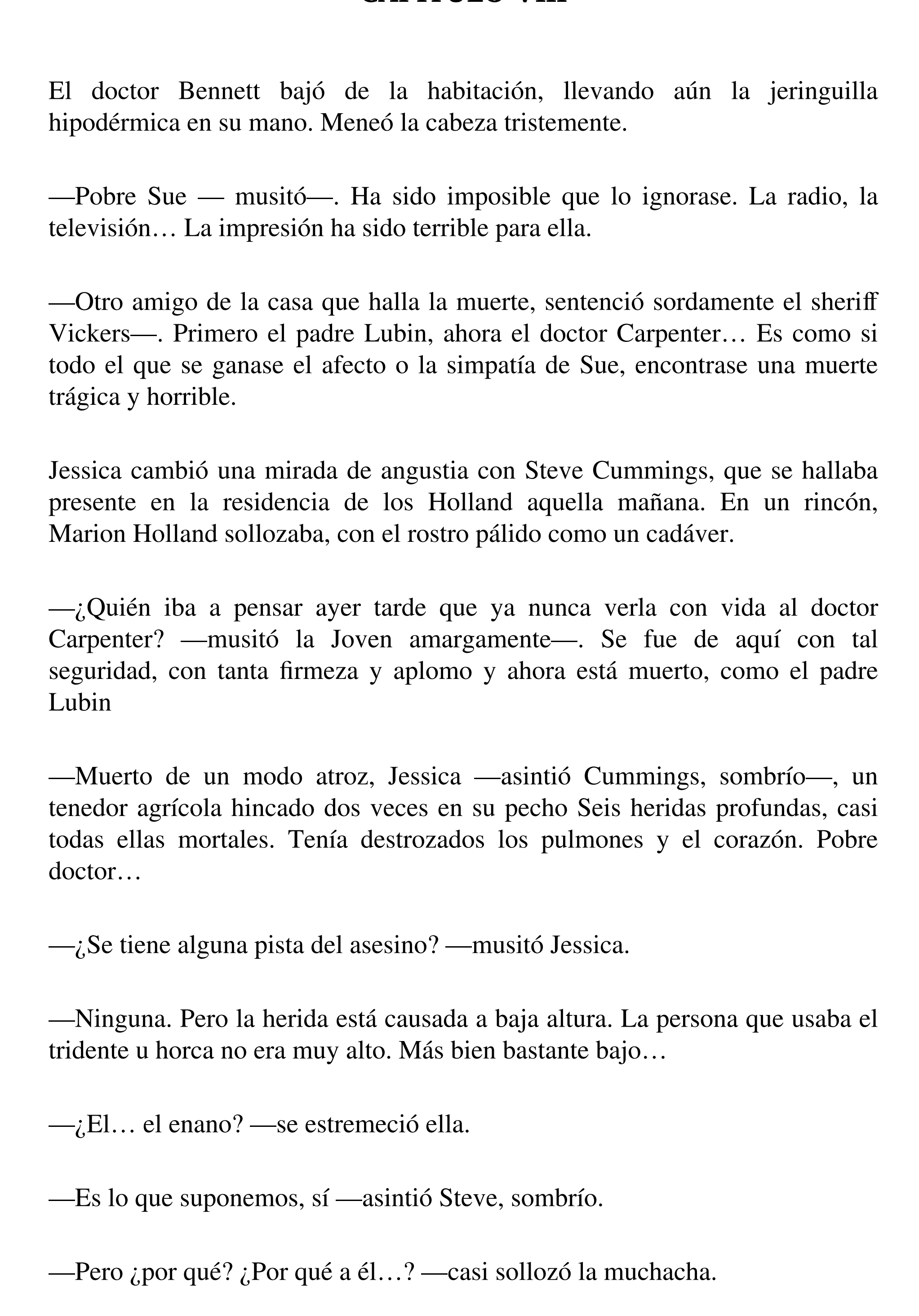
Quiso evitarlo, pero era imposible. Su propio impulso, y el que el maléfico enano aplicó a su arma, hizo que ésta se hincara brutal, salvajemente, en el pecho del psiquiatra. Las púas de hierro se incrustaron hasta el fondo en sus pulmones, en su corazón, en todo su torso. Osciló, agitando estérilmente sus puños en el aire, con ojos desorbitados. Un dolor profundo y taladrante alcanzó su cerebro, nublándolo. Grotescamente, la visión se deformó, y vio estirarse y encogerse la figura del enano asesino, mientras éste reía y, tras sacar con fuerza desusada el tridente de su pecho, volvía a clavarlo, bestialmente, en sus ingles y vientre, destrozándolo.

Un alarido de salvaje, infinito horror, escapó de la boca convulsa de Carpenter, que empezó a chorrear sangre. El enano abandonó el tenedor de hierro de gran tamaño, clavado como una jabalina en su torso, y echó a correr, alejándose entre alegres cabriolas de satisfacción, sin dejar de reír malignamente.

Carpenter cayó de espaldas, aferrándose al largo mango del instrumento agrícola que le causaba la muerte. La horca de metal había cumplido su siniestro objetivo. Por sus tremendas heridas, se le escapaba velozmente la sangre, el soplo vital…

Y su asesino, el horrendo enano de rostro de gárgola, se perdía allá lejos, entre la espesura, mientras la mente del psiquiatra, en un último esfuerzo por comprender, daba fugazmente con la solución de aquel horror.

Solución que se llevó a la tumba, cuando el rictus de agonía de su rostro se congeló para siempre, y sus brazos cayeron fláccidos, tras el último esfuerzo.



CAPITULO VIII

El doctor Bennett bajó de la habitación, llevando aún la jeringuilla hipodérmica en su mano. Meneó la cabeza tristemente.

—Pobre Sue — musitó—. Ha sido imposible que lo ignorase. La radio, la televisión… La impresión ha sido terrible para ella.

—Otro amigo de la casa que halla la muerte, sentenció sordamente el sheriff Vickers—. Primero el padre Lubin, ahora el doctor Carpenter… Es como si todo el que se ganase el afecto o la simpatía de Sue, encontrase una muerte trágica y horrible.

Jessica cambió una mirada de angustia con Steve Cummings, que se hallaba presente en la residencia de los Holland aquella mañana. En un rincón, Marion Holland sollozaba, con el rostro pálido como un cadáver.

—¿Quién iba a pensar ayer tarde que ya nunca verla con vida al doctor Carpenter? —musitó la Joven amargamente—. Se fue de aquí con tal seguridad, con tanta firmeza y aplomo y ahora está muerto, como el padre Lubin

—Muerto de un modo atroz, Jessica —asintió Cummings, sombrío—, un tenedor agrícola hincado dos veces en su pecho Seis heridas profundas, casi todas ellas mortales. Tenía destrozados los pulmones y el corazón. Pobre doctor…

—¿Se tiene alguna pista del asesino? —musitó Jessica.

—Ninguna. Pero la herida está causada a baja altura. La persona que usaba el tridente u horca no era muy alto. Más bien bastante bajo…

—¿El… el enano? —se estremeció ella.

—Es lo que suponemos, sí —asintió Steve, sombrío.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué a él…? —casi sollozó la muchacha.

—Es todo enloquecedor, insensato… Pero lo que has explicado sobre la visita de Carpenter ayer, unido a lo que nos contó el reverendo Watkins, está haciendo insistir al sheriff en ese sentido. ¿Crees… crees que puede ser… cosa del Diablo?

—No parece haber otra explicación. Si Sue es, realmente, hija de las Tinieblas, fruto de una unión con Satanás, todo lo que la rodea sería forzosamente maléfico, perverso, devastador, El padre O'Neil vendrá de Portland mañana mismo

—¿El exorcista?

—Sí, eso es. Es una prueba, un intento más. El hecho de que ignoremos la exacta naturaleza de los hechos, nos hace ir dando palos de ciego por doquier.

—Hablas como si tú mismo fueses parte de la policía local…

—En el fondo, empiezo a serlo —suspiró Cummings—, El sheriff ha pedido mi ayuda. No como vendedor, sino como parapsicólogo.

—¿Has llegado a alguna conclusión?

—No, Jessica, ninguna —miró en torno, pensativo—. Pero ten cuidado.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Sólo eso: que tengas cuidado. Estás aquí, en esta granja, cuyos visitantes y personas afines, parecen condenadas por una maldición. Sois sólo dos mujeres y una niña. Estoy preocupado por vosotras.

—Steve, no temas nada. Aquí no ha ocurrido cosa alguna todavía…

—Pero si la historia de Marion Holland es la causa de cuanto ocurre, recuerda que eres la persona que está más cerca de las dos personas protagonistas: la mujer que fue poseída por Satanás, y la hija de esa unión maligna…

—No puedo creerlo —rechazó Jessica, en un supremo esfuerzo por analizar a la luz de la razón los hechos—. Sue es una criatura encantadora. No puede ser hija del diablo. Creo que su madre sufrió un trauma con las tenebrosas aficiones de su extraño marido, pero eso es todo.

—¿No crees en el diablo? —sonrió irónicamente Steve.

—No de este modo —rechazó Jessica, rotunda—. En absoluto, Steve.

—Entonces… ¿qué explicación ves a los hechos?

—Ninguna. Ninguna, Steve…, a menos que todos estemos locos.

—No, no somos nosotros los que estamos locos. En todo caso, si hay realmente un loco en todo esto…, ése es el enano asesino. Dios quiera que Sue no vuelva a verlo por aquí…

—Después de lo ocurrido, todo es posible —suspiró ella tristemente—. Me imagino que estos sucesos trastornarán totalmente a la pequeña. Y volverá a sus pesadillas de siempre…

—Sólo que ahora sabemos que no es ninguna pesadilla. El enano existe, Jessica. Y sigue por aquí, oculto en alguna parte. Hay que encontrarlo, cueste lo que cueste.

Y presionando con fuerza la mano de Jessica, Steve Cummings se alejó hacia el lugar donde el sheriff Vickers estaba interrogando a la señora Holland.

***

Había sido un día muy agitado: la granja de las Holland, la Morgue, las investigaciones, el examen del tridente agrícola, en cuyo mango no había huella alguna, los mensajes a otras ciudades, con resultado negativo, el rastreo de la zona, sin hallar otra cosa que unas huellas de bicicleta en un sendero de blanda tierra húmeda, cerca de donde cayera el doctor Carpenter, pero nada más.

Mucha gente tenía bicicleta en la región, y eso no significaba nada en especial. Los indicios prácticamente no existían. Sólo tenían aquella evidencia de que las heridas fueron causadas por alguien de muy baja estatura seguramente un enano. La comparación con el golpe de hacha recibido por el padre Lubin, daba a entender que la misma estatura debía corresponder al

autor de ambos hechos: a un enano, por tanto.

Al caer la tarde, Steve Cummings, fatigado, sin haber tenido ocasión aún de iniciar sus ventas, entró en la cafetería donde Eva Marie Slater trabajaba como camarera. La muchacha no había ido ese día a trabajar aún. En las calles de Biddeford, la gente formaba corros amedrentados, se susurraba en voz baja, y se palpaba el clima de terror, de superstición, que lo invadía todo.

Steve pidió un café bien cargado, sin azúcar, y lo saboreó lentamente, en un silencio reflexivo. Tenía la mente confusa, no sabía qué hacer ni dónde buscar. Su ayuda a Vickers era virtualmente nula. No lograba ver nada claro. Ni siquiera sabía si sus conocimientos de parapsicología podían servir para aquel endiablado asunto.

Acababa de apurar su café, cuando una camarera se le aproximó, con pasos cadenciosos y mirada voluptuosa.

—¿Es usted Steve Cummings? —preguntó, humedeciendo sus labios con la punta de la lengua

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre?

—Le llaman al teléfono. Es una chica. Juraría que es la voz de mi compañera Eva Marie. Suerte, mozo.

Le guiñó un ojo, y se pegó a él, descaradamente, cuando Steve fue al teléfono, dejando que el brazo de la joven oprimiera sus duros brazos. Cummings le sonrió, tomando el auricular.

—Cummings —dijo—. ¿Quién me llama?

—Steve, soy yo. Eva Marie… —sonó la voz de ella.

—Pleno para tu compañera. Te conoció la voz.

—Eso importa poco ahora. Imaginé que estarías por ahí. He llamado ya otras veces, te he buscado por todas partes…

—Hubo exceso de trabajo hoy. Con lo del doctor Carpenter… ¿Has oído hablar de ello?

—Claro. ¿Quién no? —la voz tuvo una oscilación intensa—. Steve, es preciso que te vea cuanto antes…

—¿A mí? ¿Por qué? —Cummings trato de evadirse de todo compromiso—. Eva, tengo muchas cosas aún por hacer. Estoy trabajando con el sheriff en esto, y…

—Oh, Steve, no seas odioso —le cortó ella, airada—, No te llamo para que vengas a hacer el amor, sino para decirte algo realmente importante. Más que eso… ¡ Terrible!

—¿Qué quieres decir? se alarmó Cummings.

—Steve, no puedo decírtelo por teléfono. Pero yo… yo sé dónde puedes encontrar al enano, al asesino del padre Lubin y del doctor Carpenter.

—¿Qué es lo que dices?

—Lo que te digo, Steve. Tengo aquí a alguien conmigo. Hemos estado hablando…, y me ha dicho algo. Algo revelador. De repente, lo he visto todo claro. Por eso necesitaba hablarte, verte en seguida. Tengo miedo, Steve. Mucho miedo. Es todo tan… tan atroz, tan increíble… ¡Steve, ven sin falta, ahora mismo! Antes de que sea demasiado tarde y la tragedia sea mayor… Nos enfrentamos a un verdadero monstruo…, mil veces peor de lo que tú imaginas… Steve, te espero…, te espero en mi casa, ya sabes dónde es… ¡No faltes, por el amor de Dios! No faltes…

—Está bien. Voy en seguida —algo, en la voz apremiante de la muchacha, llegó a impresionar a Steve Cummings, que colgó con rapidez, pagó su café y abandonó la cafetería, dejando a la camarera de turno realmente decepcionada.

—Esa Eva Marie —refunfuñó, taconeando con ira en el suelo—. Ella siempre se los lleva a todos.

***

Steve se detuvo ante la puerta del apartamento de Eva Marie Slater.

Estaba entreabierta. Llamó, antes de entrar en el piso:

—¡Eva Marie! ¡Eva Marie, soy yo…!

No respondió nadie. Silencio absoluto. Dentro del piso, no oyó ni una sola pisada. Probó ahora con el timbre, insistiendo. El resultado fue también negativo.

Steve Cummings apretó los labios, repentinamente tenso, preocupado. Empujó muy lentamente la puerta. Entró en el apartamento donde estuviera anteriormente en compañía de la camarera, por motivos muy diferentes a los de ahora.

—¡Eva! —insistió—. ¡Eva, responde! ¿Es que no hay nadie?

Así debía de ser, porque nadie respondía. No era normal ausentarse dejando la puerta abierta, pero tal vez Eva Marie, en su estado de excitación actual, había olvidado ese detalle. Sólo que ¿adónde había ido, si estaba esperándole a él?

Algo en todo aquello no acababa de gustarle; Se adentró por el piso, caminando con cautela y encendiendo las luces, una tras otra. Finalmente, llegó al living.

Allí se paró en seco. Quedóse inmóvil, los ojos clavados en un punto de la estancia. Un ramalazo de horror sacudió su ser.

Ya había encontrado a Eva Marie.

Había motivos para que no respondiera a su llamada. Los mejores motivos del mundo.

Eva Marie ya no respondería nunca a nadie. Nunca más haría nada.

La hermosa muchacha había sido brutalmente asesinada. Una pesada estatuilla de alabastro yacía, rota, a sus pies. Con ella le habían aplastado el cráneo de modo feroz, sobre la propia alfombra. Sin duda, antes la habían logrado derribar de algún modo, hasta tenerla tendida en el suelo, donde la martillearon con la estatuilla hasta hundirle la cabeza bestialmente. El rostro

crispado, en una angustiosa expresión de horror, aparecía bajo la sangre que empapaba sus cabellos y su frente, corriendo luego en regueros sobre la faz inmóvil.

—Dios mío… —susurró Steve, sobrecogido—. No es posible… ¿Por qué ella?

Recordó lo que dijera: «Tengo a alguien aquí conmigo… Hemos charlado…, y me ha dado un detalle revelador…»

Miró en torno. No se veía rastro de nadie. No había nadie más en la casa. La recorrió para convencerse de ello. Nada. Sólo el cadáver de la infortunada Eva Marie…

Regresó al living. Telefoneó al sheriff Vickers, que lanzó una imprecación y colgó violentamente, anunciando su inmediata llegada a la escena del nuevo crimen.

Steve se dejó caer en el sofá, contemplando tristemente a la infortunada joven, que había debido sobrevivir muy poco tiempo a la llamada que hiciera a la cafetería. Alguien, en aquel intervalo, había terminado con su vida…

Pero ¿quién? ¿El enano otra vez? Recordó que había dicho aquello de que «alguien la acompañaba». ¿Quién?

Su mano se quedó quieta sobre algo que se había deslizado al fondo del sofá, quedando allí medio oculto. Lo extrajo con alguna dificultad. Era una pequeña cadenita rota, salpicada de gotas oscuras de sangre. En medio de la cadenita, había una placa de plata con unas iniciales grabadas.

H. G.

—H. G… —repitió en voz alta Steve, pensativo. Y, de repente, un escalofrío le sacudió la espina dorsal—. ¡Hattie Gardiner! —exclamó, dominado por un horror infinito—. Dios mío…

Y rápidamente, guardó en su bolsillo aquella cadenita y, sin esperar a la

llegada de Vickers, se lanzó a la calle, como si ahora fuese él quien estuviera perseguido por el diablo en persona.

CAPITULO IX

Estaba lloviendo de nuevo.

Además de la lluvia, el aire esta noche era fuerte, y lanzaba la lluvia en fuertes ráfagas contra las ventanas de la casa.

Marion Holland se estremeció, encaminándose a la cocina. Dirigió una mirada arriba, y luego sonrió triste mente a Jessica.

—Vaya noche… —comentó—. No es la más adecuada para tranquilizar a mi pobre hija. Ni a mí tampoco… ¿De veras no está arrepentida de hallarse aquí con nosotras?

—No, señora Holland —negó vivamente Jessica—. No tengo miedo alguno, si se refiere a eso. La tormenta no me asusta.

—Yo no me refería a eso, querida.

—Sí, lo imagino —Jessica desvió la mirada—. Tampoco creo en el diablo.

—Hace mal. Si existe Dios, existe el Mal. Es obvio.

—Tal vez. Pero no en la forma que usted cree. Yo no puedo admitir que se encarnara en nadie. Su hija es una niña normal. Es ese enano el que la alteró, sea él quien sea. Sigo pensando que el enano es un ser perfectamente normal, de nuestro mundo, no un emisario de las Tinieblas.

—Ojalá sea así —suspiró, ya junto a la puerta de la cocina—. ¿Quiere ayudarme a preparar algo especial para esta noche?

—Sí, por supuesto que la ayudaré —miró arriba—. ¿No cree que ya es hora de despertarla?

—No, no. Deje que ella repose. Es mejor dejarla así cuando sufre una crisis como la de hoy. A ella le gusta descansar con la puerta cerrada, y sin que nadie suba a importunarla o interrumpir su sueño. Cuando se despierta, llama o baja. Es así como ella lo quiere.

—Sí, entiendo —Jessica recordó algo—. Oh, perdone un momento. En seguida me reuniré con usted. Tengo que hacer unas anotaciones en mi agenda, para la clase que mañana le daré a Sue.

—Está bien, vaya a su cuarto. La espero en la cocina, querida.

Jessica subió a su dormitorio, situado en el lado opuesto a aquel donde dormía Sue Holland. Miró la puerta cerrada, la luz filtrándose por la rendija inferior. Dudó, un momento. Luego, entró en su cuarto e hizo las anotaciones antes de que se olvidara de ello.

Regreso al pasillo. Abajo, la señora Holland preparaba les recipientes para la cena.

Volvió a dudar Jessica.

Y tomó una decisión.

Se encaminó a la puerta del dormitorio de Sue. Golpeó suavemente con los nudillos en la madera. La niña no respondió. La joven institutriz respiró hondo, y decidió comprobar si el sueño de la pequeña era realmente tranquilo. No compartía la idea de su madre, sobre dejarla dormir sola y aislada, aunque la niña lo pidiera.

Abrió la puerta. Se asomó.

Una luz de rosada pantalla brillaba en un mueble. Una tenue claridad de igual tono invadía la habitación. Jessica pestañeó, mirando la cama.

Estaba deshecha. Y vacía.

Su mirada fue a la ventana. Estaba casi cerrada. Casi. Le faltaba algo para ello: la hoja de guillotina tenía un resquicio que le impedía encajar del todo.

Sorprendido, entró en el dormitorio. Miró por doquier Sue no estaba allí.

Se aproximó a la ventana. Alzó la guillotina y se asomó. Llovía con fuerza ahora.

Asombrada, descubrió una escalera apoyada en el muro, hasta la ventana.

Jessica no entendía nada de todo aquello.

Montó a horcajadas sobre el alféizar. Apoyó el pie en un peldaño. Luego, en otro. Bajó, dejando abierta la ventana allá arriba. Se encontró en el suelo mojado de lluvia, entre la casa y el cobertizo viejo.

Observó que la puerta del cobertizo estaba también sin ajustar. De vez en cuando el aire la hacía golpear levemente. Avanzó hacia allá.

Empujó también esa puerta, que chirrió levemente. Se encontró en un amplio recinto oscuro. Pero no oscuro del todo. Una débil llama, de un viejo quinqué, ardía en un rincón, sobre una mesa desvencijada.

Faso a paso, se aproximó a aquel lugar. Miró en torno, sorprendida. Allí había útiles de labranza, viejas bicicletas en desuso, prendas olvidadas y polvorientas, cajones, herramientas, latas vacías…

Y una máscara.

Una máscara de goma, ajustable, dentro de una de esas latas. La alzó en sus manos. La miró, atónita, a la claridad fantasmal del viejo quinqué.

Era el mismo rostro del enano, que Steve Cummings había dibujado siguiendo las indicaciones de Hattie Gardiner!

Se quedó rígida, repentinamente helada, sintiendo que todo le daba vueltas…

—El rostro del enano.. —musitó—. Luego, entonces, si su cara es… una simple máscara… EL ENANO NO EXISTE.

Pero existía. Lo habían visto algunas personas: Hattie, el sacristán Scott… Y tal vez también Sue Holland.

De repente, la luz estalló con fuerza cegadora en la mente de la institutriz. De súbito, un ramalazo de horror sin límites la invadió.

La habitación cerrada. El sueño de Sue. La ventana abierta, la escalera. El cobertizo. La máscara… Acaso más de una. Dos o tres. Ropas viejas…

—Dios mío… —gimió—. No es posible tanto horror…

Dio media vuelta, para salir de allí.

Lanzó un grito ronco de pavor, que se ahogó con el estruendo de la lluvia sobre el techo de pizarra.

¡El enano estaba allí!

Monstruoso, horrible, con su fea sonrisa, aquella figura deforme, con una caperuza y un impermeable hasta los pies, con unos guantes en sus manos, la estaba contemplando con igual rostro maligno, con la misma sonrisa petrificada que viera antes en la máscara de goma, exacto calco de aquel otro rostro…

—Descubriste mi secreto, ¿eh, querida Jessica…? —sonó una voz burlona y cruel, debajo de la máscara—. Lo siento. Lo siento por ti…

Se arrancó la máscara, que tiró con enfado.

El enano, el monstruo de Biddeford, reveló su verdadero rostro.

El rostro de Sue Holland.

***

—Sue… ¡Tú, Sue…!

—Sí, yo… —rio malignamente la niña, con el rostro repentinamente cruel, maligno, torcido en una mueca cruel—. ¡Yo, Jessica! La niña asustada, medrosa… Yo soy el enano… Yo maté al padre Lubin, al doctor Carpenter…, a Eva Marie, una camarera de Biddeford, ahora mismo… Yo he tirado hace un momento el cuerpo de Hattie Gardiner, sin vida, a una zanja del camino…

—Sue, estás enferma… —gimió.

—¡Enferma! — dijo ella, despectiva—. Tengo imaginación. ¡Soy mala! Y lo soy porque mi padre es el Diablo. ¿Lo sabías? ¡El diablo en persona! Debo ser

digna hija suya. Mamá siempre me lo ocultó, pero una noche oí hablar de ello a los dos. Mi padre y mi madre… Yo soy la hija de las Tinieblas… ¡Tengo que demostrarlo! Mi doble identidad nadie la imagina. La dulce Sue…, y el maligno enano… ¡Sólo yo lo he visto antes! Luego, lo vio Hattie, pero Hattie lo vio cuando yo no estaba presente. Y la muy necia, más tarde…, recordó que me había identificado, que supo que el enano era yo… ¡Estúpida Hattie! Fue a decírselo a su mejor amiga, a esa camarera, Eva Marie Slater… Tuve que matarlas a las dos… Suerte que Hattie estuvo en esta casa hoy…, y me dijo que iba a ver a su amiga Eva Marie… Luego se asustó y no añadió más… Me bastaba. Yo nunca duermo, ¿sabes? Lo finjo… Pero despierto fácilmente. Los sedantes no me hacen efecto… Y vuelvo a ser el enano…

—¿Por qué, Sue, por qué matar al padre Lubin, al doctor Carpenter…?

—El padre Lubin era el símbolo de Dios. ¡Y yo soy el diablo! —rio ella, malignamente—. ¡Debía matarle! Así sería digna hija de mi padre… El doctor Carpenter… Creo que empezaba a sospechar la verdad. Era demasiado listo… Tuve que hacerlo. Le seguí con mi bicicleta, como al padre Lubin… Ahora vengo de Biddeford, de matar a las otras dos. Y ahora… ahora… TE TOCA A TI.

—¡Sue, por el amor de Dios, detente! Estás enferma, tu mente está enferma… No eres la hija de ningún diablo, sino solamente una niña demente, anormal. Sólo eso. Deja que te curen y…

—Tonterías; Jessica —el rostro dulce y suave de Sue era la maldad misma—. Te toca morir, Jessica. Puedes gritar. Este cobertizo recoge muy bien los ruidos. Y con esa lluvia…, nadie va a oírte…

Se echó a reír, y avanzó resueltamente sobre ella. Su mano había empuñado ya una afiladísima guadaña, con rara energía. Sus ojos malévolos, desquiciados, se dirigieron al cuello de Jessica, Esta supo que iba a morir degollada brutalmente, a manos de aquella delirante enferma mental.

Gritó y gritó, aunque sabía que era inútil, en medio de aquel estruendo de lluvia, con todas las puertas cerradas, lejos de Marion Holland, lejos de todos.

***

La llegada de Steve Cummings fue providencial.

Jessica le vio surgir súbitamente de entre las sombras del cobertizo, lanzándose sobre Sue Holland, con un grito ronco, autoritario:

—¡No, Sue, quieta ahí! ¡No puedes seguir matando a la gente! ¡Ya sé la verdad, y la he notificado a todos! ¡Vendrán a por ti! No te harán nada, pequeña Te encerrarán en un sanatorio, y saldrás un día de él…, totalmente sana. No eres la hija de ninguna fuerza diabólica. Sólo una niña que enfermó por culpa de sus padres. Es tu mente la que está enferma.

—¡No! —chilló Sue, convulsa, crispada, rabiosa como un animal dañino—. ¡No es cierto! ¡Soy la hija del diablo…, y me voy de aquí, pero volveré a destruiros! ¡Os lo demostraré…, porque yo no puedo morir! ¡Hasta pronto, malditos todos! ¡Padre, voy a reunirme contigo!

Y aquella infortunada criatura, con su mente desquiciada, hizo lo único que le dictaba su cerebro enfermo: segó su propio cuello con la guadaña, brutalmente.

La cabeza de la bonita muchacha, saltó espasmódicamente, separada del tronco. El cuerpo se agitó horriblemente, en un caos de sangre tumultuosa. Gritó agudamente Jessica, cubriendo sus ojos ante tanto horror.

A su lado, Steve la cogió contra sus brazos, la acurrucó en ellos y murmuró suave, dulcemente, procurando que no presenciara el terrorífico desenlace del drama:

—Lo siento, Jessica. No pude evitar esto…, pero al menos sí salvé tu vida. Creo que esa pobre niña… nunca hubiera sanado de su horrible locura…

Jessica sollozaba, totalmente rotos sus nervios, mientras afuera seguía lloviendo torrencialmente, y a sus pies yacía ahora aquel cuerpo decapitado, aquella pobre figura de niña que se creyó hija del diablo…

Y que tal vez lo era. O tal vez no…

FIN